





SÓFOCLES

# ELECTRA

*Introducción, guía didáctica  
y traducción de*

XOSE ANTONIO LÓPEZ SILVA

© Xose Antonio López Silva

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 978-84-692-6807-0

Depósito Legal: S.1472-2009

Impreso en España

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

A Ramiro, el mejor amigo que alguien pueda tener.



## ÍNDICE

|                                            |    |
|--------------------------------------------|----|
| Introducción .....                         | 9  |
| Actividades de comprensión y lectura ..... | 19 |
| <i>Electra</i> .....                       | 23 |



## INTRODUCCIÓN

La vida del ateniense Sófocles (496 a. C.- 406 a. C) abarca casi todo el siglo V a. d. C . Vivió, pues, el auge político, militar y cultural de su ciudad y murió dos años antes de la derrota definitiva contra Esparta en las Guerras del Peloponeso.

Podemos decir sin temor a exagerar que tanto su vida como su obra dramática son un producto pleno de Atenas y de su sistema democrático. Sófocles ocupó cargos de relevancia en la ciudad, tanto políticos –fue elegido estratega dos veces-, como religiosos. Igualmente, tuvo lazos de amistad con personajes tan relevantes como Pericles, pero se definió sobre todo como dramaturgo desde que participó en los concursos de tragedias por primera vez, cuando tenía veintiocho años, derrotando a Esquilo. Fue el inicio de una carrera sin parangón en la Atenas de su época. Escribió alrededor de ciento treinta obras teatrales. La tradición dice que nunca obtuvo un tercer premio y que consiguió el primer puesto en veinticuatro ocasiones, lo que hace patente la enorme conexión que se daba entre la forma y temática de su obra y el favor del público ateniense. Su éxito fue tal que a su muerte se acordó una

tregua en la guerra entre Esparta y Atenas para que fuese honrado como se debía.

En muchos sentidos, sus obras son reflejo de los problemas culturales e ideológicos a los que se enfrentó la ciudad de Atenas a lo largo de esos años. El teatro de Sófocles es un teatro profundamente comprometido. A partir de la puesta en escena de un material y un argumento tomados de diversas leyendas y mitos tradicionales que en algunos casos ya habían sido tratados por Esquilo, -saga de Troya, de Micenas-, Sófocles los eleva a los niveles de abstracción casi filosófica que este género acostumbra, pero al mismo tiempo los usa para poner sobre el tapete los grandes temas de actualidad que se debatían en esos años en Atenas, como la justicia, la libertad, la venganza, la irracionalidad del poder y la ética personal en conflicto con el Estado. De ahí, por tanto, que la consideración de Sófocles como el más clásico de los dramaturgos no disminuye en absoluto su complejidad, sino que la sitúa en un contexto, el del auge de Atenas y su Renacimiento cultural, donde las discusiones intelectuales alcanzaron unos niveles de profundidad e interés absolutamente candentes

### **La tragedia griega. Características generales**

Cuando Sófocles realiza sus obras, el teatro es un género literario de enorme importancia y repercusión, no sólo en la ciudad de Atenas, sino también en toda Grecia.

Las representaciones teatrales en Atenas se realizaban desde época del tirano Pisístrato primero como un concurso de autores de tragedia, y a partir del 486 a.C. también de comedia, en las festividades en honor a Dioniso, dios del vino y del éxtasis irracional. Solían tener lugar fundamentalmente durante el mes de Gamelión –aproximadamente finales de nuestro mes de enero y principios de febrero– en las Fiestas Leneas, y unas semanas después, en el mes de Elafebolión (finales de marzo, principios de abril), en la celebración de las Grandes Dionisias. Los gastos del montaje de la obra, formación del coro y actores, etc. los sufragaba un ciudadano rico de la ciudad, con una forma de impuesto especial.

La solemnidad era la nota de las representaciones, a las que podía asistir todo el pueblo, incluido mujeres, según parece. En cambio, todos los papeles incluso los femeninos, eran representados exclusivamente por hombres, como en el teatro inglés isabelino.

En la tragedia griega tienen poca importancia como tal la escenografía y la puesta en escena. Es un teatro profundamente basado en la palabra. De ahí la relevancia de la estructura formal de toda obra trágica, que suele presentar una gran regularidad, dentro de los dos elementos básicos y definitorios: la presencia del coro y los actores.

De hecho, sin el coro no podría entenderse la tragedia griega, dado que esta surge, según parece, como una adaptación de cantos líricos corales en honor a Dioniso,

al cobrar importancia el cantor principal del coro, el corifeo que acabó estableciendo una mínima acción dramática con su recitado o canto y las intervenciones enfrentadas con el canto del coro. Esquilo introdujo el segundo actor, con lo que la capacidad dramática se desarrollaba de un modo mucho más profundo. Y Sófocles, el tercer actor. En cualquier caso, el coro siempre marcará en la tragedia griega un componente definitorio tanto a nivel temático como a nivel formal. De hecho, serán las entradas y salidas del coro y sus parlamentos y sus diálogos con los personajes los que definen a grandes rasgos esa estructura formal de una tragedia griega, que tendría así las siguientes partes:

1. El **Prólogo**. Es todo lo que precede a la entrada del coro. Introduce la obra y presenta el argumento y los personajes.
2. La **Párodos**. Es la entrada del coro en la orquesta, y la presentación de este dentro del conflicto que desarrolla la tragedia.
3. Los **Episodios**. Diálogo entre los actores o también con el corifeo.
4. Los **Estásimos**. Son los cantos del coro, que sirven sobre todo para comentar la acción. Su lenguaje es muy cuidado y lírico, de gran complejidad. Asimismo, las intervenciones del coro suelen dividirse en su estructura interna en tres partes claramente diferenciadas: .:

- “Estrofa”, durante la cual los componentes danzaban hacia un lado.
- “Antístrofa”, en la que los miembros del coro danzaban hacia el lado contrario.
- “Epodo”, compuesto por varios versos de conclusión.

Episodios y Estásimos se alternan sucesivamente en las obras. Se observa, en general, una tendencia a que el papel del coro sea cada vez menos relevante en la acción, pasando a ser más bien comentar de la misma y a ofrecer reflexiones líricas de profundo alcance dentro de la estructura de la obra.

5. El **Éxodo**. Es el canto final del coro y supone el abandono de la escena y por tanto, la finalización de la obra.

Los personajes en la tragedia griega visten de forma solemne y se hallan cubiertos con una máscara. Su función ha sido muy debatida, pero se cree que debía tener tradición ceremonial dentro de los homenajes dionisiacos y acentuaba la conversión en personajes de los integrantes de la obra.

### **Características del teatro de Sófocles.**

Conservamos de Sófocles siete tragedias completas: *Edipo Rey*, *Antígona*, *Electra*, *Ajax*, *Las Traqui-*

*nias*, *Filoctetes* y *Edipo en Colono*, y un drama satírico, *Los rastreadores*, la única pieza de este género que ha llegado hasta nosotros, junto con *El Cíclope*, de Eurípides.

Sófocles fue un innovador del teatro de su tiempo. Se le atribuyen invenciones tan importantes como la mencionada introducción del tercer actor, que suponía un enriquecimiento considerable de la acción dramática, pero también otras reformas fundamentales como el abandono de la escritura de obras trágicas en trilogía, como había hecho Esquilo. Eso suponía que las obras fuesen más autónomas, y por tanto, enriquecía más el análisis de los personajes dejando en un plano algo más secundario la trama. Asimismo, desarrolló el papel del coro, elevando el número de sus integrantes a quince en lugar de los doce de época esquiléa. De hecho, el interés sobre este aspecto queda patente en el hecho de que la Tradición le atribuye haber escrito un tratado “Sobre el Coro”.

El teatro de Sófocles ha sido definido como un teatro de caracteres. El héroe trágico en este autor está definido por ser ante todo, una persona que experimenta dolor. Este carácter del sufrimiento trae consigo que el personaje trágico experimente a lo largo de las obras de Sófocles una profunda evolución interior, a menudo para darse cuenta de que el aprendizaje será su propia conmoción trágica y la asunción de su profunda fragilidad. El ser humano, en cierto sentido, lleva la tragedia dentro de su propia naturaleza, porque es un ser abocado de una

u otra manera, al conflicto, interno o con sus semejantes y por ende, al dolor y al sufrimiento.

Otro elemento fundamental para entender el sentido de la tragedia en Sófocles es el uso de la ironía trágica como un elemento compositivo básico en su teatro. La ironía supone dar a entender lo contrario de lo que se dice y eso motiva ante la recepción un modo de aumentar la tensión dramática. El espectador es más consciente de la acción y sus consecuencias que los propios personajes, pero al tiempo los personajes juegan con la ironía y la doblez en sus palabras. Un ejemplo de ello es todo el diálogo entre Orestes y Egisto hasta que descubre este que contempla el cadáver de Clitemnestra. Se subraya así otro elemento fundamental del teatro de Sófocles: la ambigüedad como característica fundamental de su temática. Eso no hace más que remarcar toda la intensidad y sufrimiento inherentes al sentido trágico de sus personajes y sus actuaciones.

### *Electra*

No se sabe con certeza la fecha de representación de este drama, que debió de tener lugar entre el 418 a. C. y el 410 a. C. Se considera uno de los últimos que compuso su autor. Por lo general se estima incluso que es posterior a la tragedia homónima de Eurípides, que fue llevada a escena en el 417 a. C.

Electra, la hija de Agamenón, se encuentra esclavizada por su madre y sólo espera la llegada de su hermano

Orestes para vengar la muerte de su padre. Orestes llega acompañado de su amigo Pílates y un anciano esclavo, que lo insta a ocultarse bajo la apariencia de un extranjero, y hacer creer en palacio que Orestes ha muerto en un accidente de carro. Electra, desesperada al creerse sola, decide vengarse ella misma, intenta convencer a su hermana Crisótemis, y cuando ya tiene tomada la decisión de matar a su madre, Orestes le revela su verdadera identidad, para luego llevar a cabo el asesinato de Clitemnestra y su amante Egisto.

Ya Esquilo había tratado el tema dentro de su trilogía *La Orestíada*, en la obra *Coéforas*. Sófocles está más cercano en muchos aspectos al tratamiento del mito que hace Esquilo, pero lo utilizará para profundizar en los aspectos psicológicos del personaje principal de su obra, que se centra en el deseo de venganza y en la ejecución de la misma a partir del dolor interior de Electra, hermana de Orestes e hija mayor de Agamenón y Clitemnestra.

Frente al tratamiento de Esquilo y Eurípides, Sófocles deja a Orestes en un plano algo más secundario. En Electra dominan la escena, pues, los personajes femeninos. Orestes y el Pedagogo son motores de actuación, que llevan a cabo el avance de la acción, pero en cierto sentido se perciben como más irreflexivos que las protagonistas en constante enfrentamiento, Electra concentra en sí toda la estructura de acción de la obra desde su salida en escena, para poner de relieve los planos complejos que puede adoptar la necesidad de la venganza como motor vital.

La obra se mueve, sobre todo, a partir del enfrentamiento. Este aspecto se ve claramente en las confrontaciones de los discursos de Electra y de su madre, por una parte, y de ella misma con su hermana Crisótemis. Sólo la noticia falsa de la muerte de Orestes parece hacerla vacilar, para luego, tras la escena del reconocimiento de que su hermano está vivo, llevar veloz al desenlace fatal, como si la resolución del conflicto interior de su protagonista fuese el motor de la propia acción de la obra. Frente a ella, su madre Clitemnestra es una reina soberbia, incapaz de reconocer sus errores, que intenta justificar, precisamente a través de la venganza, la incitación al crimen que cometió en el pasado. Sófocles la retrata como la antítesis de su hija, pero al mismo tiempo, es capaz de hacer percibir al espectador cómo la distancia que separa a ambas es en muchos momentos de la obra, muy tenue, lo que redundo en la enorme complejidad y riqueza temática del drama. Crisótemis, en su carácter influenciado y versátil, es más similar a Orestes, con quien comparte semejanza de edad.

### **Influencia posterior del personaje de Electra**

El personaje de Electra ha tenido variada fortuna cultural. Su riqueza queda patente en el hecho de haber sido un personaje perfilado por los tres dramaturgos griegos. En España fue llevado a escena en épocas y autores tan diferentes como *La venganza de Agamenón* del erudito renacentista Hernán Pérez de Oliva (c. 1520) y *Agamenón vengado* del ilustrado Vicente García de la Huerta (1779)

— pero el tratamiento más conocido del personaje fue el abordado en el siglo XX por la *Elektra*, una ópera en un acto con música de Richard Strauss y libreto de Hugo von Hofmannsthal, basado en la propia tragedia de Sófocles. Fue estrenada en 1909 y su música es de una enorme profundidad y un lirismo lleno de violencia. En los años treinta del siglo pasado el personaje fue reescrito por el estadounidense Eugene O'Neill, en su *A Elektra le sienta bien el luto* (*Mourning becomes Elektra*, 1931), que tomó como referente principal a Esquilo. Fue llevada al cine en 1947 por el director director Dudley Nichols e interpretada por Rosalind Russell, Michael Redgrave, Kirk Douglas. Habrá que esperar hasta 1961, cuando el director grecorinés Michael Cacoyannis realiza una laboriosa recreación de la *Elektra* de Eurípides, interpretada por Irene Papas, para disponer de otra recreación de este personaje. Del mismo modo, el psiquiatra Alfred Jung propuso el término “Complejo de Elektra” como la versión femenina del complejo de Edipo que había creado Sigmund Freud. Incluso no debemos olvidar que la heroína de una novela gráfica de Frank Miller lleva este nombre. El autor la presenta como Elektra Natchios, hija del embajador griego en EEUU Hugo Kostas Natchios. Al tiempo, su madre Christina es asesinada por su hermano Orestes. Por su rabia, esta joven se convertirá en una asesina a sueldo experta en artes marciales japonesas. El cómic fue llevado al cine en 2005 por el director Rob Bowman e interpretado en su papel principal por Jennifer Garner.

Vañuela de Sayago, 29 de agosto de 2009

## Actividades de comprensión y lectura:

Lee dramatizadamente los versos 516-609 y contesta a las siguientes preguntas.

1. La estructura de la discusión recuerda a los argumentos que dos partes pueden exponer ante un tribunal. Subraya los puntos fundamentales de la defensa de Clitemnestra y los de Electra. Sería interesante tomar como referencia palabras como *justicia*, *ley*, *bueno*, o *malo* dentro de la defensa que cada personaje hace de sus puntos de vista.
  2. Electra le recuerda a su madre las desgracias que se han ido sucediendo sobre su padre, sus hermanos y ella misma. ¿Cuáles fueron esas desgracias?
  3. ¿Qué opinas sobre los argumentos que ofrece Clitemnestra para defenderse de las acusaciones de Electra? ¿Con qué argumentos le responde Electra? ¿Cuáles consideras más verosímiles y lógicos?
  4. ¿Por qué crees que está Electra dispuesta a morir con tal de llevar a cabo su venganza? ¿Cómo calificarías esa actuación? ¿Crees lógico que tenga que repetir un crimen familiar para vengar un crimen familiar?
- ¿Cuál es el concepto de la Justicia que puede entresacarse de la lectura de esta obra? ¿Es unitario?

- ¿Consideras a la luz de la obra, que la obra de Sófocles ofrece rasgos de complejidad y ambigüedad temática, u ofrece una temática unitaria? ¿Crees que fomentaría el debate y la discusión acerca de los motivos de sus protagonistas o defiende una idea clara acerca de la acción que se presenta?
- Lee los fragmentos de *Electra*, de Eurípides, y de *Agamenón* y las *Coéforas* de Esquilo donde aparece el personaje de Clitemnestra y confronta el personaje de Sófocles con los de Esquilo y Eurípides sintetizando sus similitudes y diferencias.
- Analiza las características del personaje de Orestes y su tratamiento a lo largo de la obra. Confróntalo con *Electra* y *Crisótemis*.
- ¿Qué papel dramático juega el personaje del Pedagogo?
- ¿Cómo definirías el papel del Coro y sus intervenciones a lo largo de la obra? Justifica tu respuesta.
- A la luz de las obras de Esquilo y Eurípides, ¿qué tratamiento realiza Sófocles acerca del papel del destino en lo que afecta a los personajes de la tragedia?

### **Ejercicios para segundo ciclo ESO**

- Cuál es el marco temporal en el que se desarrolla la vida de Sófocles?
- Cuáles son las innovaciones dramáticas del teatro de Sófocles?

- Cubre los siguientes recuadros acerca del nombre latino o griego de cada dios y su función primordial:

|         |         |                                                                            |
|---------|---------|----------------------------------------------------------------------------|
| Júpiter | Zeus    | Dios supremo de dioses y hombres                                           |
|         | Hera    | Hermana y esposa de Zeus                                                   |
| Minerva | Atenea  |                                                                            |
|         | Febo    | Dios del Sol y de la poesía                                                |
|         | Artemis | Diosa de la caza                                                           |
|         | Deméter | Madre de Perséfone, esposa de Hades                                        |
| Baco    | Dioniso |                                                                            |
|         | Ares    | Dios de la Guerra y la Violencia                                           |
| Venus   |         | Diosa del Amor                                                             |
| Neptuno |         | Dios del mar                                                               |
|         | Hermes  | Dios protector de los comerciantes, los ladrones y mensajero de los dioses |
|         | Hades   | Dios de los infiernos                                                      |

- Redacta de forma sintética el mito de Agamenón y su familia.
- Define los siguientes términos con la ayuda de un diccionario o una Enciclopedia:  
*Democracia, Estratega, Tragedia, Coro, Orchestra, Liturgia, Magistrado, Esclavo, Justicia.*
- Investiga la evolución en la organización política de la antigua Atenas. Comenta por qué fases pasó y cuáles

fueron las principales características de cada fase hasta la decadencia del sistema democrático.

- En esta tragedia tienen papel los esclavos y, al mismo tiempo, Electra hace una reflexión de sus sufrimientos por estar esclavizada siendo una princesa. ¿Consideras que hay alguna incongruencia en esta reflexión? Argumenta tu respuesta.
- Lee con atención el primer monólogo de Electra. Subraya las frases de la protagonista que mejor ayudan a delinear sus rasgos y su personalidad. Sintetízalas en un breve retrato.
- ¿Por qué crees que el legado literario griego es una parte fundamental de nuestro patrimonio literario y cultural? Justifica tu respuesta.
- Según todo lo que has podido trabajar sobre la antigua Grecia y esta tragedia, comenta aquellos aspectos sociales, políticos o culturales que más te hayan llamado la atención del texto o de lo que has aprendido.

SÓFOCLES

ELECTRA



## DRAMATIS PERSONAE

Pedagogo

Orestes

Electra.

Coro de Mujeres de Argos

Crisótemis

Clitemnestra

Egisto

.



*(Amanece en Micenas, capital de la Argólide.  
Entrada del palacio real.)*

PEDAGOGO.- ¡Hijo de Agamenón, del que dirigió los ejércitos griegos ante Troya! Ahora se te permite ver lo que siempre has añorado. Este es el antiguo Argos, el bosque consagrado a la hija de Ínaco, la doncella herida por el tábano. Ante ti, Orestes, el ágora licia del Dios matador de lobos; a tu izquierda, el templo ilustre de Hera. Contemplamos, créelo, Micenas, la rica en oro, y el fatídico palacio de los Pelópidas; de ahí te recibí de manos de tu hermana después de la muerte de tu padre; te protegí y te salvé y te he criado hasta tu edad de hoy en que has de honrar a tu padre vengando su muerte. Ahora, Orestes, y tú, el más querido de los amigos, Pílates, hay que decidir con rapidez qué debemos hacer. La luz brillante del sol levanta ya los cantos matinales de las aves y la negra Noche llena de astros va cayendo. Antes de que hombre alguno salga de palacio, tomemos una decisión; porque estamos en una situación en la que no se debe dudar, sino actuar.

ORESTES.- ¡Oh, el más querido de mis servidores, cuántas señales ciertas me das de tu benevolencia hacia nosotros! En efecto, como un viejo caballo de raza, aunque envejezca, no pierde el ánimo en los momentos

de peligro y todavía levanta las orejas, así tú nos incitas y eres el primero en seguimos en esta empresa. Por eso te diré lo que he decidido. Escucha tú mis palabras con atención y corrígeme si me equivoco. Cuando consulté el oráculo pítico, para saber cómo había de conseguir justicia contra los asesinos de mi padre, Febo me respondió lo que enseguida vas a oír: «Tú solo, sin escudos ni ejército, con celadas, encubre justos crímenes.» Así, tal como hemos oído del oráculo, tú, cuando haya ocasión, entra en palacio, observa todo lo que allí ocurre, y ven a contárnoslo con toda claridad. No hay miedo de que con tu vejez y después de haber pasado tanto tiempo puedan reconocerte; ni siquiera habrán de sospechar de ti, tal y como estás ahora florecido en canas. Diles que eres un extranjero de Focea, enviado por Fanoteo; éste es su mejor aliado. Anúnciales y retuerce tus palabras con un juramento, que Orestes ha sido víctima de una fatal desgracia, que cayó de su carro cuando rodaba veloz en los Juegos Píticos. ¡Que así sea tu relato! Nosotros, tal y como se nos ha ordenado, coronaremos la tumba de mi padre con libaciones y nuestros cabellos cortados. Volveremos pronto, en las manos la urna de bronce que, como sabes, he escondido entre unos matorrales, para engañarles con palabras dolosas, llevándoles la feliz nueva de que mi cuerpo ha sido incinerado y se ha vuelto cenizas. ¿Por qué, en efecto, me había de ser penoso estar muerto en palabras falsas, puesto que estoy vivo y voy a adquirir gloria? Creo que no hay palabra mala si aporta algún

provecho. A menudo he contemplado a sabios que se hacían pasar por muertos con sus palabras, volver a su hogar y recibir más honra todavía.

Así que, después de comunicarles esta noticia, habré de brillar ante mis enemigos como un astro.

Tierra de mis antepasados y dioses de mi patria, acogedme propicios en estos senderos, y también tú, casa de mi padre, pues he venido enviado por un dios, como purificador por la Justicia.

No me dejéis marchar deshonorado de esta tierra, acogedme como el dueño legítimo de mi fortuna y el restaurador de mi casa.

Pero ya he hablado bastante. Tú, anciano, entra ahora y cumple lo que se te ha encomendado. Nosotros debemos irnos. La oportunidad es el mayor maestro de los hombres en cualquier empresa.

ELECTRA.- (*Dentro del palacio.*) ¡Ay de mí!

PEDAGOGO.- Me parece, hijo mío, que oigo el llanto de una de las sirvientas.

ORESTES.- ¿No podrá ser la desdichada Electra? ¿Te parece bien que permanezcamos aquí y escuchemos sus lamentos?

PEDAGOGO.- No, de ningún modo. No debemos hacer nada sin haber cumplido antes las órdenes de Apolo Loxias y realizar libaciones en honra de tu padre. Esto ha de ser lo que nos otorgue la victoria y dé término dichoso a nuestra empresa.

(*Salen. Entra ELECTRA.*)

ELECTRA.- ¡Oh, purísima Luz, y Aire que llenas la tierra por entero, cuántas veces habéis escuchado mis llantos de dolor y los golpes sobre mi pecho ensangrentado mientras va pasando la noche y sus sombras! Los odiosos lechos de estas estancias bien saben de mis noches de dolor, de cuánto he llorado sin pausa a mi desdichado padre, al que Ares no concedió la hospitalidad de una tierra bárbara. Mi madre y Egisto, su amante, le cortaron la cabeza de un cruel hachazo, como leñadores a una encina. ¡Sólo de mí brota el lamento, padre mío, tú que sufriste una muerte tan miserable e injusta! No he de abandonar yo mis cantos de dolor y mis tristes quejas mientras haya de contemplar el brillo tenue de las estrellas, o esta luz del día, y, como el ruiñeñor al que le han matado a sus crías, no dejaré de alzar los ecos de mis quejas ante estas puertas que pertenecieron a mi padre. ¡Oh, moradas de Hades y de Perséfone, Hermes subterráneo y poderosa Maldición, y vosotras, Erinias, que contempláis a los que han muerto entre injusticia, acudid a mí, socorredme, vengad la muerte de mi padre y enviadme a mi hermano! porque, yo sola no puedo soportar el peso de este dolor que me derrumba.

(*Entra el CORO, formado por mujeres de Micenas.*)

Estrofa I

CORO.- ¡Oh, hija, hija de la más cruel de las madres, Electra! ¿Por qué te consumes sin descanso en estos

*llantos interminables por Agamenón, el que antaño quedó atrapado en la red de traiciones de tu madre y fue entregado de esta forma a una mano malvada? ¡Que muera el que hizo esto, si me es lícito osar decir tal cosa!*

ELECTRA.- Estirpe de noble linaje, acudís como consuelo de mi dolor. Lo sé, lo entiendo, no se me escapa; sin embargo, no quiero dejar esto, de llorar por mi desgraciado padre; vosotras, que me otorgáis el favor de vuestra amistad, dejadme enloquecer así, os lo suplico.

#### Antístrofa I

CORO.- *Y, sin embargo, ni con tus lamentos, ni con tus súplicas, conseguirás hacer regresar a tu padre de la laguna de Hades que a todos nos alcanzará un día; sino que, en tu dolor desmedido y tu queja sin remedio te consumes; en ellos no hay solución a tu desdicha. ¿Por qué te aferras de esta forma a la tristeza?*

ELECTRA.- Es insensato aquel que olvida a sus padres muertos de forma miserable; mi ánimo es como el de esa ave mensajera de Zeus, quejumbrosa y llena de temor, que siempre grita, Itis, Itis. Ah, mi desdichada Níobe, como a una diosa te honro, a ti, que estás llorando en tu tumba de rocas.

#### Estrofa II

CORO.- *No eres la única de los mortales, hija mía, a la que ha alcanzado el dolor. Pero en él sobrepasas sin medida a los que contigo en esta casa habitan, de tu*

*estirpe y tu misma sangre, que de forma muy distinta viven, Crisótemis, Ifianasa o como el joven Orestes, que sufre en secreto su juventud dichosa; a él ha de recibir un día la ilustre tierra de Micenas, suelo de eupátridas, cuando retorne feliz, por designio favorable de Zeus.*

ELECTRA.- ¡Sin descanso lo espero, desdichada de mí, sin hijos, sin marido y me arrastro moribunda, entre lágrimas, en un interminable cúmulo de males! Y él se ha olvidado de lo que padeció y ha ido conociendo. ¿Qué mensajes de su regreso me llegan que no sean luego falsos? Añora regresar, no me cabe duda, pero lo añora y no aparece!

#### Antístrofa II

CORO.- *Ten valor, hija, ten valor. Todavía está en el cielo el gran Zeus que todo lo vigila y gobierna. Confíale la cólera de tu dolor sin medida y no te tortures demasiado contra los que odias, pero tampoco los dejes por entero en el olvido. El tiempo es una divinidad que todo lo calma. Ni siquiera en las riberas de Crisa, criadora de bueyes, se ha olvidado al hijo de Agamenón, ni tampoco lo ha hecho el Dios que reina en el Aqueronte.*

ELECTRA.- Mi vida se ha desvanecido casi por completo, sin esperanzas. Ya no puedo más. Me consumo sin hijos y sin un varón que amoroso me proteja. En cambio, como una esclava indigna me toca servir en el palacio de mi padre, y con vestidos impropios tengo que

estar en pie junto a la mesas vacías de su presencia.

### Estrofa III

CORO.- *Doloroso lamento en su regreso, Doloroso el lamento de tu padre en su cuarto y en su lecho cuando cayó sobre él el afilado golpe del hacha de bronce. El engaño fue quien lo urdió todo y la pasión la que acabó con él; juntos crearon un terrible engendro, ya fuera un dios o un mortal quien cometió tal cosa.*

ELECTRA.- Aquel día pasó el más funesto de todos. ¡Oh, Noche, terrible desgracia de aquel banquete nefando! Mi padre vio venirle encima una muerte vergonzosa por las mismas dos manos traicioneras que ahora se han apoderado de mi vida, las mismas que me han destrozado a mí. ¡Ojalá que el gran dios olímpico les haga sufrir los mismos sufrimientos, y que no tengan tranquilidad alguna después de haber cometido tales crímenes!

### Antístrofa III

CORO.- *Consíenteme un consejo. No continúes hablando. No eres consciente de que tú misma te has desplomado en la fatalidad de males que únicamente has estado buscando por ti misma. Gran parte de tus calamidades te las has procurado al hacer nacer dentro de tu espíritu el conflicto. Porque existen cosas que no pueden discutírseles a los que ostentan el poder.*

ELECTRA.- A cosas terribles me he visto obligada, a cosas terribles. Lo sé. No se me oculta mi cólera. Pero

aunque me halle en unas circunstancias tan terribles no habré de contener estas maldiciones, mientras la vida me posea. Si dejase de hacer esto, ¿de quién, nobles amigas, podría oír una palabra de ánimo, a quién de adecuada sensatez? Dejad, dejad de aconsejarme. Todo esto ya no tiene remedio. Jamás podré encontrar reposo de estos sufrimientos míos, entre lamentos que no van a tener fin.

Epodo

CORO.- *Te hablo con el mejor de los cariños, como una madre en la que puedes confiar. No engendres desgracias sobre desgracias.*

ELECTRA.- ¿Cuál es la medida para la desgracia? ¿Cómo puede ser hermoso o bueno olvidar a los muertos? ¿En qué ser humano puede germinar una idea semejante? No quisiera yo el aprecio de esos, ni podría convivir tranquilamente, aunque fuese bien tratada por ellos, si a cambio tengo que dejar de aletear mis lamentos de dolor, para deshonor de mi padre. Si el muerto no es más que polvo y nada, y yace miserable; si ellos ni siquiera van a recibir el castigo de sangre que merecen en justicia, entonces es que han acabado por desaparecer de entre los mortales el respeto y la piedad.

CORIFEO.- He acudido aquí, hija, afanosa por tu consuelo y también por el mío propio. Pero si me equivoco, que sea tu opinión la vencedora. Todas te seguiremos.

ELECTRA.- Estoy avergonzada, amigas, si os parezco molesta con mis muchas quejas, pero hay una fuerza terrible que me empuja a hacerlo, disculpadme. ¿Qué mujer de noble cuna no actuaría de tal forma, si tiene que ver la vergüenza en la que habita la casa de su padre? que medra y no disminuye, que crece noche y día, como las hojas de los árboles. Entre ella vive mi madre, la que me dio a luz. Y además tengo que habitar esta casa mía entre los asesinos de mi padre. No dejan de darme órdenes; y de ellos depende que se me dé cualquier mínima cosa o que se me deje sin nada. Y más aún, ¿cómo crees que pueden transcurrir mis días viendo a Egisto sentado en el trono de mi padre, llevando sus mismas ropas, y haciendo libaciones sobre el mismo hogar donde lo asesinó? Y lo que contemplo y me sigue pareciendo la mayor de las soberbias insolentes, ese asesino se acuesta en el lecho de mi padre con la desvergonzada de mi madre, si es que puedo llegar a darle este nombre de madre a la que retoza y comparte sueño con ese, tan atrevida que convive con ese malvado y no teme siquiera a una sola de las Erinias mientras vive con ese infame. Es más, como si se burlase de lo que hizo, cada mes, cuando llega el día del aniversario en que lo mató a traición, esa fecha organiza coros y lleva a cabo sacrificios de ovejas a los dioses salvadores. Cuando lo contemplo bajo estos techos, no hago más que derramar lágrimas de rabia y consumirme y sola levantar gemidos de ira ante ese ilustre banquete que se lleva a cabo como honra de mi

padre. Ni siquiera tengo ya en mi corazón lágrimas suficientes para aliviar mi alma. Ella, esa ilustre dama de noble linaje, me lanza a gritos todo tipo de insultos y reproches como estos: «¡criatura odiosa y malvada!, ¿crees que eres la única a la que se le ha muerto un padre? ¿Que nadie más entre los hombres ha sufrido luto? ¡Ojalá mueras de mala muerte y los dioses del Hades nunca alivien tus llantos de ahora». Me ultraja así, de esta manera, hasta que escucha de alguna persona que ha de venir un día Orestes. Entonces pierde los estribos y me acerca más su cara a la mía y me dice de nuevo entre gritos «¿no eres tú la causa de todo esto? Me robaste a Orestes de las manos y lo sacaste a escondidas, y has de recibir el castigo que mereces» y lo ladra poniéndose al lado de su ilustre marido allí presente, que bien la azuza, de ese más que cobarde, un todo maldad que sólo se atreve a enfrentarse a mujeres. Y yo no puedo hacer otra cosa que esperar que llegue Orestes mientras me agosto y me deshago hasta el cansancio. ¡Ojalá que él encuentre el momento de poner fin a todo esto un día! pero mientras, retrasa siempre su llegada y así no hace más que consumir todas mis esperanzas pasadas y futuras. Por eso, amigas, ahora no me es posible tener ni sentido ni piedad. Al contrario, entre los males es cuando conviene ser maligno.

CORIFEO.- Dime, mientras nos hablas así, ¿Egisto está en palacio o fuera?

ELECTRA.- Ha salido. Créeme, si hubiese estado cerca, yo no hubiera podido traspasar el umbral. Ahora está en el campo.

CORIFEO.- Si ello es así, ¿puedo hablarte con palabras más confiadas?

ELECTRA.- Ha salido, no está. Pregunta lo que desees.

CORIFEO.- Te lo pregunto: ¿qué puedes contarme de tu hermano? ¿Vendrá o no? Esto es lo que deseo saber.

ELECTRA.- Dice que va a venir, pero lo dice y no hace nada de lo que afirma.

CORIFEO.- Suele vacilar el hombre antes de llevar a cabo un asunto importante.

ELECTRA.- Pues yo le salvé sin vacilación de ningún tipo.

CORIFEO.- Ten confianza. Ha nacido noble de sobra como para socorrer a los que ama.

ELECTRA.- Si no estuviese convencida de eso no habría podido seguir viva mucho tiempo.

CORIFEO.- No digas nada más ahora. Veo salir de palacio a tu hermana Crisótemis, la hija de tu padre y de tu madre. Lleva en sus manos ofrendas fúnebres que se les suelen tributar a los que están abajo, en el Hades.

*(Entra CRISÓTEMIS)*

CRISÓTEMIS.- ¿Qué has venido a contarme ante estas puertas? No has aprendido después de tanto tiempo a

no recrear vacíos deseos en esa inútil alma tuya? Sé perfectamente la clase de dolor que sufro, y si tuviese fuerzas suficientes, podría demostrarles todo lo que siento hacia ellos. Pero en medio de esta desgracia creo que es mejor arriar velas y navegar lentamente a favor del viento, y no hacer nada que aumente mi dolor. Me gustaría que tú hicieras lo mismo. Es cierto, lo justo no es lo que yo estoy diciendo ahora, sino lo que tú juzgas. Pero si quiero vivir libre, entonces debo obedecer a los que mandan.

ELECTRA.- Es infame que siendo hija del padre del que vienes, seas capaz de olvidarte de él y prestes sólo preocupación a la que te ha parido. Todo lo que me aconsejas son enseñanzas tuyas. Elige, o esto, o aquello, o ser una insensata, u olvidarte de los que amas por ser sensata. Tú has acabado de decir que si tuvieses agallas les mostrarías cuánto odio les tienes, pero en cambio, en el momento en que estoy a punto de vengar a nuestro padre, no me ayudas y además, intentas disuadirme de mi acción. ¿Esto no es acaso sumar cobardía a nuestros males? Convénceme, o mejor, apréndelo tú de mí, ¿de que me había de servir abandonar mis quejas? ¿No continúo con vida? Malamente, lo sé, es cierto, pero es suficiente por ahora. Los irrito, porque con eso rindo honores a mi padre muerto, si es que puede existir algún tipo de honra allá abajo. Tú, que los odias, los odias simplemente a través de las palabras, pero en realidad no haces más que coincidir con los asesinos de nuestro padre. Yo no, nunca; aunque

alguien me proporcionase los regalos de los que tú te ufanas, no me doblaría jamás ante ellos. A ti que te sirvan en ricas mesas y te abrace una vida plena. Mi único alimento es no ultrajarme a mí misma. No deseo tener tu honor, y tú tampoco lo desearías, si tuvieras sensatez. Ahora, cuando podrían decirte hija del más noble de los padres, te dicen hija de tu madre. Así, aparecerá más a la vista ante la mayoría, que eres una malvada, tú, que estás traicionando a tu padre muerto y a los tuyos.

CORIFEO.- No dejéis que la cólera os arrastre, ¡por los dioses! En las palabras de ambas hay algo útil, si eres capaz de servirte en algo de las de ella, y ella, por su parte, de las tuyas.

CRISÓTEMIS.- Mujeres, ya estoy acostumbrada desde hace mucho a sus palabras, y no le habría recordado nada si no hubiese oído que sobre ella va a recaer el más terrible de los males, que habrá de terminar de una vez por todas con sus grandes lamentos.

ELECTRA.- Dime qué es eso tan terrible. Si me revelas que es mayor que mis presentes, no habré de replicarte.

CRISÓTEMIS.- Te diré todo cuanto sé: si no pones fin a tus quejas, piensan enviarte a un lugar de oscuridad donde no volverás a ver la luz del sol. Allí podrás seguir cantando tus lamentos viviendo sepultada, fuera de la tierra. Reflexiona sobre ello y luego no me culpes cuando lo padezcas. Ahora es momento de ser sensata.

ELECTRA.- ¿De veras han decidido hacerme eso?

CRISÓTEMIS.- No tengas ni la más mínima duda. Tan pronto como Egisto vuelva a palacio.

ELECTRA.- Pues en ese caso, ¡que regrese lo antes posible!

CRISÓTEMIS.- ¡Pero qué es por lo que ruegas, desdichada?

ELECTRA.- ¡Que venga, si tiene la intención de cometer tal cosa!

CRISÓTEMIS.- ¿Qué utilidad hay en que sufras? ¿Dónde se ha ido tu sensatez?

ELECTRA.- Para huír lo más lejos que pueda de vosotros.

CRISÓTEMIS.- ¿No piensas para nada en tu vida?

ELECTRA.- ¡Como si mi vida fuese tan hermosa como para ser digna de admiración!

CRISÓTEMIS.- Podría serlo, si aprendieses a ser sensata.

ELECTRA.- No me enseñes cómo ser malvada con los que quiero.

CRISÓTEMIS.- Sólo intento enseñarte que debes ceder ante los que tienen el poder.

ELECTRA.- Tú adúlalos. No me digas cómo tengo que comportarme.

CRISÓTEMIS.- No te hundas por tu insensatez.

ELECTRA.- Me hundiré, si es preciso, si con ello consigo vengar a mi padre.

CRISÓTEMIS.- Nuestro padre, lo sé, tiene compasión.

ELECTRA.- Esas palabras sólo son gustosas a los malvados.

CRISÓTEMIS.- ¿No te convencerás ni llegarás a estar de acuerdo conmigo?

ELECTRA.- No, para nada. Que nunca llegue a estar yo tan privada de sentido.

CRISÓTEMIS.- Me iré, entonces, donde iban mis pasos.

ELECTRA.- ¿Adónde te diriges? ¿A quién le llevas esas ofrendas?

CRISÓTEMIS.- Madre me envía a hacer libaciones ante la tumba de nuestro padre.

ELECTRA.- ¿Qué has dicho? ¿En honra de aquel a quien más hostil fue de entre todos los mortales?

CRISÓTEMIS.- En honra del que fue asesinado, es lo que quieres decir.

ELECTRA.- ¿Quién de entre sus seres queridos le ha podido aconsejar eso? ¿De quién fue la idea?

CRISÓTEMIS.- Debido al horror de una visión nocturna.

ELECTRA.- ¡Oh, dioses patrios, venid ahora en mi auxilio, venid!

CRISÓTEMIS.- ¿Tienes alguna confianza por ese terror tuyo?

ELECTRA.- Si me cuentas su visión, quizá podría decírtelo.

CRISÓTEMIS.- Muy poco sé que pueda contarte.

ELECTRA.- Dime al menos eso. A menudo son muy pocas las palabras que han hundido o encumbrado a los mortales.

CRISÓTEMIS.- Se dice que ella vio a tu padre y mío ver de nuevo la luz, una segunda aparición suya en palacio. Allí clavó en el hogar el cetro que antaño portaba él y ahora Egisto. Y del cetro salió un vástago que dejaba en sombra toda la tierra de Micenas. Escuché esto así, de uno que estaba presente cuando ella relató ese sueño suyo a la luz del sol. No sé nada más, y que ella me envía aquí porque tiene miedo. Te lo suplico, por los dioses de nuestra sangre, no caigas de nuevo en la insensatez. Si no me haces caso, habrás de acabar conduciéndote de nuevo hacia el mal.

ELECTRA.- ¡Querida hermana! No dejes sobre la tumba nada de lo que llevas ahora en tus manos. Ni te está permitido, ni es justo que realices ofrendas de parte de una esposa digna de ser aborrecida ni que lleves a cabo libaciones tuyas en honra de nuestro padre. Échalas al viento, o entiérralas bajo tierra, donde no puedan llegar al lugar de reposo de nuestro padre. Que cuando ella muera, se encuentre abajo estas ofrendas

en su honor. No debería haber llevado a cabo estas libaciones en honra de aquel asesinado por ella misma, si no fuese la más malvada de cuantas mujeres han nacido. ¿Crees que el muerto va a aceptar las ofrendas de ella de buen grado, de ella, que lo asesinó de la manera más vil y además llegó a desmembrarlo, y para purificarse, secó las manchas de sangre de sus manos en la cabeza de él? ¿Crees que todo esto va a permitirle quedar impune de su crimen? No, no es posible. Deshazte de todo lo que traes, corta las puntas de tus cabellos y de los míos, ¡desgraciada de mí!. Es poco, lo sé, pero es todo lo que tengo, igual que este cinturón sin ningún tipo de adornos. Dáselo todo en ofrenda. Suplícale, postrada sobre su tumba, que acuda desde lo más profundo de la tierra como vengador de sus enemigos, y que vuelva vivo Orestes, su hijo, para aplastar a sus enemigos con mano poderosa y los someta bajo su pie, y pronto podamos coronarlo con manos más ricas que las que le ofrendan esto ahora. Creo, sí, que él ha procurado enviarle estas visiones espantosas. Ahora, hermana mía, ayúdame a ti misma, y a mi y a nuestro ser más amado, a nuestro padre, que reposa en el Hades.

CORIFEO.- La muchacha ha hablado con piedad. Si eres sensata, querida, harás esto.

CRISÓTEMIS.- Lo haré. Lo justo no admite que dos personas disputen con palabras, sino apresurarse en actuar. Entretanto, amigas, mientras comienzo a hacer-

lo, guardad silencio, por los dioses, pues si la que me ha dado a luz llegase a sospechar algo, creo que esta tentativa que me propongo acabaría resultándome muy amarga.

(Sale CRISÓTEMIS)

### Estrofa

CORO.- *Si no soy una adivina insensata y no carezco de juicio recto, llega la providente Justicia, que en sus manos porta legítimo poder. En poco tiempo ha de venir, hija mía. Tengo confianza, después de haber escuchado los dulces susurros de los sueños. Nunca consigue olvidar el que fue monarca de los helenos la antigua hacha de bronce de doble filo, que lo asesinó entre golpes de vergüenza.*

### Antístrofa

*Ha de regresar, también, la Erinia de pies de bronce, la de muchas manos y muchos pies, que se embosca en temibles escondrijos. Asaltará al deseo fraguado en el crimen, en una unión consumada en el lecho, sin espon-sales, sin que nada de ello fuese lícito. Me colma de confianza<sup>1</sup> (...) el que un presagio no suele venir sin daño de quienes lo han llevado a cabo y de sus cómplices. Pero si esta visión de sombras no llegase a buen término, entonces no existirá nunca ni posibilidad de adivinación de sueños ni oráculo entre los mortales.*

---

<sup>1</sup> Laguna textual

## Epodo

*¡Oh, agotadora cabalgada de antaño de Pélope, qué lamentable has sido para esta tierra! Desde que Mírtilo murió hundiéndose en el mar, arrancado de raíz y cayendo de su carro de oro entre terrible violencia, una miserable tortura no ha abandonado esta morada.*

*(Entra CLITEMNESTRA)*

CLITEMNESTRA.- Das vueltas sin freno, por lo que parece. Porque en efecto, Egisto no está, él, que siempre te ha impedido estar difamándonos a nuestros umbrales ante nuestros amigos. Pero ahora está ausente, sí, y tú no me muestras ni el más mínimo respeto. Muchas veces has dicho delante de mucha gente que yo gobierno con injusticia e insolencia, y que te ultrajo a ti y a lo que te rodea. No tengo insolencia. Si he hablado mal de ti alguna vez, es porque a menudo he oído que tú has hablado mal de mí. Tu padre es la excusa, porque fue asesinado por mi mano. Por mí, sí, lo sé de sobra y no puedo negarlo, pero fue la Justicia quién lo asesinó y no únicamente yo. Con ella deberías colaborar, si fueses sensata, porque este padre tuyo por el que no haces más que llorar sin pausa, fue el único de entre los griegos que se atrevió a sacrificar a tu propia hermana a los dioses, no, él no tuvo que sentir dolor alguno cuando la engendró como sí lo tuve yo cuando la di a luz. Dime por quiénes la sacrificó, ¿por los argivos? Ellos no tenían ningún derecho a matar a mi hija, y el mató lo que era mío por ayudar a su her-

mano Menelao. ¿No tenía, entonces, que pagar el portazgo de su castigo? ¿No tenía él dos hijos que deberían haber sido sacrificados en lugar de mi hija, ya que su madre y su padre fueron los causantes de la expedición toda?

¿O es que Hades tenía más deseo de devorar a mis hijos que a los de ella? ¿O es que en tu padre cruel se había apagado el amor por sus hijos y lo mantenía mayor por Menelao? ¿No es este el talante de un padre insensato y cruel? Yo creo que sí, lo contrario de lo que tú crees. La muerta diría lo mismo, si pudiese hablar. Por eso no me arrepiento de lo que hice, y si te parece que obré mal, sigue levantando quejas a tu alrededor, pero hazlo con una opinión de veras justa.

ELECTRA.- Ahora no dirás que he tenido que oír esto por haber comenzado a insultarte. Pero si me lo permites, te responderé como se debe sobre el muerto y sobre mi hermana.

CLITEMNESTRA.- Te lo permito, desde luego. Si comenzaras siempre tus palabras de esta manera, no escucharías palabras molestas de mi parte.

ELECTRA.-. Comienzo a hablarte entonces. Reconoces que asesinaste a mi padre. ¿Qué frase puede ser más digna de reproche, lo hubieses hecho o no de un modo justo? Pero tengo que decirte que no, que no lo asesinaste con justicia, sino que te dejaste arrastrar por la capacidad de convencerte del malvado con el que compartes tu vida. Pregúntale a Ártemis, la cazadora,

por culpa de quién retiró todos los vientos en Áulide tantos días. ¿Tengo que decírtelo yo? De ella no puede saberse. Mi padre estaba cazando una vez, según he oído, en el bosque sagrado de la diosa, y con sus pasos levantó el miedo de un ciervo moteado, de alto cuerno. Se vanaglorió de su golpe lanzando cierta palabra. La hija de Leto se ofendió y retuvo a los aqueos hasta que mi padre ofreciese a su hija misma en sacrificio como pago por la muerte del animal. Así fue el sacrificio de ella. No había otra salida para el ejército para volver a la patria o hacia Ilión. Forzado totalmente, se resistió como pudo pero al final la ofreció en sacrificio, aunque no por Menelao. Pero incluso aceptando lo que tú has dicho, aunque él lo hubiese hecho conscientemente en beneficio de su hermano, ¿era necesario que tú lo asesinases por ti misma? ¿Por qué ley? Mira que si extiendes esa justicia, estás provocando tu castigo y tu pena, pues si matamos a uno en pago por otro, tú deberías morir la primera, si existiese justicia. Cuídate de no estar poniendo una excusa inútil.

Si quieres, di por qué has cometido la acción más vil de todas, mientras te acuestas con el criminal con el que mataste a mi padre, y del que has tenido hijos, mientras rechazas, en cambio, a tus legítimos, los engendrados en legítimas nupcias. ¿Cómo iba yo a estar de acuerdo con esto? ¿Dices que lo has hecho como pago por tu hija arrebatada? Es vergonzoso que te atrevas a decir tal cosa. No es bueno casarse con los enemigos a causa de una hija. Pero ni siquiera es

digno que traigas esto a colación, tú que no haces más que soltar la lengua entera diciendo que sólo nos dedicamos a ultrajar a mi madre. Lo cierto es que yo te considero más mi dueña que mi madre, porque vivo una vida miserable y plagada de males, por culpa tuya y de tu amante. Y por su parte, el pobre Orestes, ausente fuera, arrastra una vida de penalidades después de haber conseguido, con mucha dificultad, escapar de tu mano. Muchas veces me has acusado de haberlo criado como mi vengador, en contra de ti. Si hubiese podido, yo misma lo habría hecho, no tengas ni la menor duda. Así que sí, declárale a todo el mundo, si eso es lo que deseas, que soy maligna, difamadora, y desvergonzada. Si domino todo ello desde mi nacimiento, desde luego, es porque en nada avergüenzo tu linaje.

CORIFEO.- Te veo respirar rabia. No deseo verte con tal ánimo, aunque sea en justicia.

CLITEMNESTRA.- y, ¿por qué me habría de ser preciso preocuparme de esta, que insulta así, de esta manera, a la que la dio a luz, con la edad que tiene? ¿Te parece que puedes hacer todo lo que te dé la gana, sin ninguna vergüenza?

ELECTRA.- No, has de saber que tengo vergüenza, aunque no lo parezca. Comprendo que actúo de una manera que no es digna de mí, pero tu odio y tus actos me obligan a ello, aunque no quiera. Las acciones vergonzosas las enseñan los desvergonzados.

CLITEMNESTRA.- ¡Criatura insolente! ¿Así que ahora son mis palabras y mis hechos los que te hacen hablar con esta desmesura?

ELECTRA.- Tú lo has dicho, no yo. Tú eres la que lo ha hecho, y las acciones son las que provocan las palabras.

CLITEMNESTRA.- Por la soberana Ártemis, te juro que tu osadía no va a tener escapatoria, tan pronto como vuelva Egisto.

ELECTRA.- (*Al Coro*) ¿Lo ves? La arrastra la ira, aunque me hayas permitido decirte lo que quisiera, y no es ni siquiera capaz de escucharme.

CLITEMNESTRA.- ¿No puedes dejar a un lado tus gritos y hacer el sacrificio, ya que te he permitido decirlo todo?

ELECTRA.- Te dejo, te lo permito, haz el sacrificio. No acuses de nada a mi boca, porque no diré nada más.

CLITEMNESTRA.- (*A una esclava*) Tú, coge estas ofrendas de frutos de toda especie, para que yo pueda hacer en honor de este soberano oraciones que me liberen de los terrores que ahora tengo. Escucha, Febo protector, mi súplica, cubierta como un velo. Mi ruego no lo hago entre amigos, y no es conveniente que todo él vea la luz, porque está esta junto a mí, no vaya a ser que con su odio y su lengua desatada haga correr a gritos infundios por toda la ciudad. Sin embargo, por favor, escucha así: Las visiones que la noche pasada vi entre equívocos sueños, soberano Licio, haz que se

cumplan si anuncian cosas favorables, pero si son funestas, que se vuelvan contra mis enemigos, y a nadie le permitas apartarme con traiciones de la riqueza que ahora tengo. Concédeme vivir sin temor y feliz, en mi mano el palacio y el cetro de la casa de Atreo, y que esté dichosa, rodeada de los que amo y con mis hijos, los que no tienen contra mí ni odio ni maldad. Escucha propicio mis plegarias, Apolo Licio, y concede mis ruegos. El resto, aunque lo guarde en silencio, me consta que tu divinidad lo conoce bien. Es natural que los hijos de Zeus todo lo puedan ver.

*(Entra el PEDAGOGO.)*

PEDAGOGO.- Extranjeras, ¿cómo podría saber con seguridad que este es el palacio del rey Egisto?

CORIFEO.- Es este, extranjero. Lo has adivinado correctamente.

PEDAGOGO.- Y quizá acierto al pensar que esta es su esposa. Su aspecto es el de una reina.

CORIFEO.- Ciertamente. Ante ti está ella misma.

PEDAGOGO.- Salud, ¡majestad! Vengo con buenas noticias para Egisto y también para vos, de parte de un hombre que os aprecia.

CLITEMNESTRA.- Acepto tu saludo, pero antes deseo saber qué hombre te ha enviado.

PEDAGOGO.- Fanoteo el focense; te anuncia un importante suceso.

CLITEMNESTRA.- ¿Qué es, extranjero? Dímelo. Si vienes de parte de un amigo, has de pronunciar palabras queridas.

PEDAGOGO.- Ha muerto Orestes. No puedo decirlo más brevemente.

ELECTRA.- ¡Desgraciada de mí! ¡Todo se ha perdido hoy!

CLITEMNESTRA.- (*Señalando a Electra*) ¿Qué dices, qué dices, extranjero? No la escuches.

PEDAGOGO.- Ha muerto Orestes. Lo digo y lo repito nuevamente.

ELECTRA.- ¡Estoy perdida! ¡estoy muerta!

CLITEMNESTRA.- ¡Ocúpate de lo tuyo! Y tú, extranjero, dime la verdad. ¿De qué forma murió?

PEDAGOGO.- Para eso he sido enviado. Te lo diré todo. Orestes fue a participar al ilustre certamen de Delfos, adorno de la Hélade. Cuando oyó el pregón que anunciaba el inicio de la competición, la carrera a pie, se presentó allí. Resplandecía. Todos a su alrededor estaban admirados. Su naturaleza se igualó con el honor de su victoria al término de la carrera. No sé de qué modo podría contarte en pocas palabras tantos de sus muchos triunfos y victorias. Sólo debes saber una cosa: en todas las pruebas que anunciaron los jueces, carreras y las que forman el pentatlón, en todas obtuvo el premio el de nombre Orestes de Argos, hijo de

Agamenón, el que antaño había dirigido el ejército griego. Así ocurrió. Pero cuando alguno de los dioses golpea, ni el más poderoso puede escapar.

Al día siguiente, al amanecer, se iba a celebrar el certamen de carrera de carros. Allí se presentó él, entre muchos aurigas. Un aqueo, otro de Esparta, dos eran libios, dueños de carros iguales. Orestes, que era el quinto, llevaba yeguas tesalias; el sexto venía de Etolia con yeguas bravías; el séptimo era de Magnesia; el octavo, con caballos blancos, era de stirpe de Enia; el noveno venía de Atenas, fundada por los Dioses; por último, un beocio hacía el número diez, con su carro.

Se situaron donde los jueces asignaron tras las suertes. Dispusieron los carros en sus puestos y a la señal de la trompeta de bronce, se lanzaron a la carrera. A gritos azuzaban los caballos y sacudían las riendas en sus manos. El estadio todo se llenó del estruendo de los carros resonantes. Se levantaba polvo. Corrían entremezclados intentando adelantar las ruedas y los jadeos relinchantes de los otros caballos. Sobre sus espaldas y los radios salpicaba la espuma de su resuello. Él corría junto a la meta, y la rozaba con el cubo de su rueda, aflojando las riendas del caballo más a su derecha al tiempo que contenía al del interior del todo. Al principio todos los carros seguían en carrera, pero poco después, los caballos del eniano se desbocan, y cerca del final de la sexta vuelta cuando iban a comenzar la séptima, chocan de frente con los

carros de Barca. Uno y otro se destrozaron en ese golpe. Toda la llanura de Crisa se llenó de carros naufragados. Cuando se da cuenta de esto, el hábil auriga de Atenas se hizo a un lado y casi detuvo su carro mientras dejaba pasar en medio de la arena el caos de aquella ola tempestuosa de carros y caballos.

Orestes corría el último, azuzando sus caballos detrás de todos, pero con esperanzas de alcanzar el final de la carrera; al ver que sólo había quedado el ateniense, agitó las riendas y lanzó un agudo grito a las orejas de sus caballos; le persigue. Ambos carros estaban en línea, y tan pronto sobresalía la cabeza de los caballos de un carro como la del otro. Hasta ese momento Orestes se había mantenido derecho sobre el pescante, pero justo al dar la curva no retuvo la brida del caballo de su izquierda y chocó su cubo con el extremo de la meta. Rompió el eje de su rueda y cayó enredado entre las cortantes riendas; con él en tierra, las yeguas espantadas, se lanzaron desbocadas por el medio de la carrera.

Cuando la multitud le vio caer del carro, lanzó un grito por aquel joven que había realizado tales hazañas y por los males que obtenía a cambio. Arrastrado por el suelo, a veces levantaba las piernas hacia cielo. Al final el resto de los aurigas consiguieron detener la carrera de sus caballos y lo soltaron, completamente cubierto de sangre, tanto, que ninguno de sus amigos habría podido reconocerlo viendo aquel cuerpo completamente destrozado. Allí mismo lo

incineraron en una pira; unos focenses designados van a traer lo último que queda de su gran cuerpo dentro de un pequeño bronce, para que obtenga sepultura en la tierra de sus padres. Esto es todo. Es terrible de escuchar, pero para los que lo presenciamos, ha sido la mayor de las desgracias que hayamos podido contemplar alguna vez.

CORIFEO.- ¡Ay! Aniquilada de raíz ha quedado toda la estirpe de mis antiguos soberanos.

CLITEMNESTRA.- ¡Oh, Zeus! ¿Qué diré de todo esto? Lo llamaré favorable o terrible, aunque sea provechoso. (*al público*) Es penoso que yo salve la vida entre tan grandes desgracias.

PEDAGOGO.- ¿Por qué, sufrís de ese modo, señora, tras mis palabras de ahora?

CLITEMNESTRA.- Dar a luz es algo terrible. Ni a pesar de que traigan males es posible tener odio contra quienes has parido.

PEDAGOGO.- Hemos venido para nada, por lo que parece.

CLITEMNESTRA.- Para nada no. Cómo dices que para nada, si has venido trayéndome pruebas ciertas de que ha muerto el que nació de mi alma, al que le di mi leche y luego se alejó luego de mi seno y de mis cuidados, y vivía huído en el destierro. No volvió a verme después de haberse ido de esta tierra. Me acusaba de la muerte de su padre y amenazaba

con llevar a cabo un terrible castigo. Tal era, que ni de noche ni de día podía yo conciliar el dulce sueño, y el tiempo transcurría siempre para mí como si estuviese a punto de morir. (*Señalando a ELECTRA*) Ahora quedo en este día libre del miedo que le tenía a ésta de aquí y a áquel, pues en ella tenía el peor de los males, en mi morada misma. Estaba siempre bebiéndose de mi alma la sangre pura. Ahora por fin disfrutaremos tranquila de los días míos y no me preocuparán más las amenazas de esta.

ELECTRA.- ¡Ah, miserable de mí! Ahora sí tengo que llorar tu suerte, Orestes, que de esta manera te toca ser ultrajado por la soberbia de una madre así ¿Puede esto estar bien?

CLITEMNESTRA.- Tú desde luego que no. Aquel está bien tal y como está.

ELECTRA.- ¡Escucha, Némesis del que ha muerto hace muy poco!

CLITEMNESTRA.- Oyó lo que era preciso oír, y decidió correctamente.

ELECTRA.- Sigue insultando soberbia, ahora que la suerte ha caído de tu lado.

CLITEMNESTRA.- Desde luego, ni Orestes ni tú vais a acabar con ella.

ELECTRA.- Nosotros ya hemos terminado. No para terminar contigo.

CLITEMNESTRA.- (*Al PEDAGOGO.*) Mucho has de merecer de premio, extranjero, si consigues también que terminen los gritos lenguaraces de esta.

PEDAGOGO.- Quizá deba irme, si todo está bien.

CLITEMNESTRA.- De ninguna manera. Si no, no tendrás los merecidos honores por mi parte y para agasajar la hospitalidad del huésped que te ha enviado. Por favor, entra y deja que ésta se quede aquí fuera gritando sus desgracias y las de los que quiere.

(*Entran CLITEMNESTRA y el PEDAGOGO en palacio.*)

ELECTRA.- ¿Acaso os da la impresión de que está dolorida y gime y derrama lágrimas por su infeliz hijo, muerto de esta manera, y no que se ha marchado casi sonriendo? Desgraciada de mí, amado Orestes, me has matado con tu muerte. Te has ido y me has arrancado de mi corazón la única de las esperanzas que aún me quedaban, el que regresases vivo como vengador de tu padre y mío, desdichada. Ahora, ¿a dónde iré? Estoy sola, privada de ti y de mi padre. Ahora no me queda más remedio que seguir viviendo esclavizada entre las personas que me son más odiosas, los asesinos de mi padre. ¿Esto es lo mejor para mí, entonces? No, no volveré a vivir con ellos a partir de ahora, lo juro. Mejor me consumiré ante esta puerta, sin nadie que me quiera. Que alguno de los de dentro me mate si le soy un lastre. Si me mata, me hará un favor, y si continúo viva será lástima. No tengo ningún deseo de vivir.

Estrofa I

CORO.- *¿Dónde están los rayos de Zeus, dónde el sol brillante si cuando contemplan esto se ocultan tranquilos?*

ELECTRA.- *¡Ay! ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!*

CORO.- *Hija mía, ¿por qué lloras?*

ELECTRA.- *¡Ay de mí!*

CORO.- *No grites demasiado fuerte.*

ELECTRA.- *Vas a matarme.*

CORO.- *¿Qué?*

ELECTRA.- *Si haces que tenga algún tipo de esperanzas por los que sin duda han partido al Hades, me pisoteas aún más, a mí, que ya estoy deshecha.*

Antístrofa I

CORO.- *Sé bien que el rey Anfiarao murió, enredado en un collar de mujer hecho en oro, y que ahora, bajo tierra...*

ELECTRA.- *¡Ay! ¡Ay! ¡Ay de mí!*

CORO.- *.. reina lleno de vida.*

ELECTRA.- *¡Ay!*

CORO.- *Y su odiosa mujer...*

ELECTRA.- *¿Recibió su castigo?*

CORO.- *¡Sí!*

ELECTRA.- *Lo sé, lo sé, apareció vengador entre los males. Pero yo ya no tengo a nadie. Pues el único que me quedaba me lo han arrebatado.*

Estrofa I

CORO.- *En tus infortunios eres la más infortunada.*

ELECTRA.- *Lo sé, de sobra lo sé, a lo largo de una vida plagada de desgracias y penurias absolutas.*

CORO.- *Sabemos de tus lamentos.*

ELECTRA.- *No me arrastres más adonde no...*

CORO.- *¿Qué dices?*

ELECTRA.- *...existen esperanzas de la ayuda de un noble hermano de mi sangre.*

Antístrofa II

CORO.- *Es el destino de todos los mortales.*

ELECTRA.- *¿También tenía que llegarle como a aquel desdichado, en medio de una carrera de caballos de cascos veloces, arrastrado por cortantes riendas?*

CORO.- *Ha sido una desgracia inesperada*

ELECTRA.- *Desde luego, ¿cómo no va a serlo? Extranjero, lejos de mis manos...*

CORO.- *¡Ay!*

ELECTRA.- *recibió honras fúnebres, sin poder recibir de mí ni tumba ni lágrimas.*

(*Entra CRISÓTEMIS.*)

CRISÓTEMIS.- Llena de alegría, queridísima hermana, corro hacia aquí, dejando atrás todo decoro. Traigo gozo y el fin de los infortunios que te poseían y provocaban tanto dolor.

ELECTRA.- ¿Dónde podrías hallar alivio de mis desgracias, para las que no hay ningún remedio?

CRISÓTEMIS.- Orestes está aquí, entre nosotros. Quiero que lo sepas oyéndolo de mí. Es tan cierto como que me estás viendo ahora.

ELECTRA.- ¿Te has vuelto loca, desdichada? ¿Cómo puedes burlarte de tus desgracias y de las mías?

CRISÓTEMIS.- ¡Te lo juro por el hogar de nuestro padre! No lo digo por burla ni insolencia. Él está muy cerca de nosotras.

ELECTRA.- ¡Infeliz de mí! ¿De quién has escuchado tal cosa para creerla con tanta fuerza?

CRISOTEMIS.- De mí misma, y de ningún otro; he visto pruebas muy reveladoras y por eso confío en mis propias palabras.

ELECTRA.- ¿Qué clase de pruebas son esas que has podido ver, desgraciada? ¿Qué tipo de pista te ha llevado a caer en ese fuego de fiebre?

CRISÓTEMIS.- ¡Escúchame, por los Dioses!, y tú podrás llamarme, cuando lo sepas todo, prudente o insensata.

ELECTRA.- Habla, si tal es tu gusto.

CRISÓTEMIS.- Voy a contarte todo lo que he visto. Cuando llegué al viejo sepulcro de nuestro padre, veo que desde su parte alta corren regueros de leche y que su tumba está coronada de toda clase de flores. Cuando lo vi, me quedé asombrada, y miré a mi alrededor, por si había alguien cerca, pero pude comprobar que todo el lugar estaba tranquilo y me aproximé a la sepultura. Sobre su cima veo la guedeja recién cortada de cabello. Tan pronto la vi, desgraciada de mí, me viene a mi alma una visión familiar, una señal de Orestes, el más querido para mí de todos los mortales. Lo tomo entre mis manos y nada digo que pueda ser de mal agüero, pero mis ojos se me llenan de lágrimas de alegría. Ahora, igual que en aquel instante, sé con certeza que esta ofrenda no puede venir de ningún otro sino de él mismo, porque, ¿a qué otro puede pertenecer si no es de ti o de mí? Yo no lo hice, estoy más que cierta, y tú menos todavía. ¿Cómo podrías haber sido tú, si ni siquiera se te permite salir de palacio para honrar a los dioses, sin que tengas que llorar por ello por castigo? Tampoco es propio del carácter de nuestra madre hacer ese tipo de cosas, y no habría pasado inadvertida si las hubiese hecho, pero ese tipo de ofrendas son de Orestes. Así que por favor, ten ánimo. A los mismos no les tiene por qué acompañar la misma suerte. La nuestra nos ha sido hostil, pero quizá ahora, el día de hoy, nos aporte muchos bienes.

ELECTRA.- ¡Ay! Hace rato que tengo compasión de tu locura.

CRISÓTEMIS.- ¿Qué te ocurre? ¿No te alegra lo que te digo?

ELECTRA.- No sabes hacia qué lugar de la tierra estás siendo arrastrada ni a qué tipo de pensamientos.

CRISÓTEMIS.- ¿No sabré bien lo que tan claramente vi?

ELECTRA.- ¡Está muerto, infeliz! La salvación que podías esperar de él está apagada. No dirijas más tus ojos hacia él.

CRISÓTEMIS.- ¡Desdichada de mí! ¿A quién se lo has oído?

ELECTRA.- A uno que estaba presente cuando murió.

CRISÓTEMIS.- ¿Dónde está esa persona? Estoy atónita.

ELECTRA.- En palacio, grato y nada molesto a nuestra madre.

CRISÓTEMIS.- ¡Ay de mí! ¡Desgraciada! ¿De cuál de los hombres podrían ser entonces, tantas ofrendas sobre la tumba de nuestro padre?

ELECTRA.- Creo que quizá alguien las ha puesto allí en memoria de Orestes muerto.

CRISÓTEMIS.- ¡Oh, infeliz! Me he dejado llevar por la alegría de traerte estas noticias. ¡No sabía hasta qué punto nos domina la desgracia! Y ahora, al volver aquí, me

encuentro de bruces con los antiguos males y con otros nuevos que se suman.

ELECTRA.- Así es. Pero si me haces caso, podrás romper el lastre de tu dolor de ahora.

CRISÓTEMIS.- ¿Puedo hacer volver a la vida a los que están muertos?

ELECTRA.- No quiero decir eso. No estoy tan falta de juicio.

CRISÓTEMIS.- ¿Qué me ordenas hacer que sea capaz de cumplir?

ELECTRA.- Que te atrevas a lo que voy a sugerirte.

CRISÓTEMIS.- Si es algo útil, no me negaré.

ELECTRA.- Mira, nada se consigue sin esfuerzo.

CRISÓTEMIS.- Ya lo sé. Te ayudaré en todo lo que me sea posible.

ELECTRA.- Escucha entonces lo que he decidido hacer. No podemos contar con la ayuda de ningún ser querido. Hades se los ha llevado y nos hemos quedado solas. Yo, mientras oía que nuestro hermano estaba bien y con vida, confiaba en que había de volver y vengar la muerte de nuestro padre. Pero ahora que ya no existe, vuelvo mis ojos hacia ti, para que no rehúses a dar muerte, con tu hermana, con nuestras propias manos, al asesino de nuestro padre. No debo ocultarte ya nada. ¿A qué estás esperando mientras

miras la clase de esperanzas que aún pueden quedar-nos? Sólo puedes llorar, desde luego, la pérdida de la herencia de nuestro padre y dolerte toda tu vida por estar volviéndote vieja, apartada del lecho de un esposo y de la alegría de unos esponsales. No confíes en que alguien nos libre de ello. Egisto no es tan estúpido como para permitir que vayan a retoñar tu sangre o la mía. Eso sería una fatalidad para él. Pero si sigues mis consejos, conseguirás, en primer lugar, fama de piadosa con el agradecimiento que desde el Hades nos enviarán nuestro padre y nuestro hermano, y después habrán de llamarte igual que como naciste, libre, y habrás de conseguir tus merecidos esponsales, porque los hombres todos se fijan más que nada en lo meritorio. ¿No ves cuánta fama conseguirías para ti y para mí misma si me haces caso? ¿Quién de entre los ciudadanos o los extranjeros no nos habría de honrar con saludos de alabanza, diciendo, mirad, amigos, a estas dos hermanas que salvaron la morada de su padre, las dos que sin preocuparse por su vida dieron muerte a sus enemigos que caminaban dichosos. A las dos hay que amarlas y honrarlas en fiestas, y en toda la ciudad deben ser aclamadas por su valor. Así ha de hablar cualquiera de entre los hombres mientras estemos vivas, e incluso después de muertas nuestra fama no se marchitará. Así que por favor, hermana mía, hermana amada, te lo ruego, hazme caso y ayuda a tu padre, presta auxilio a tu hermano, haz que cesen todas mis penalidades y haz que cesen además las

tuyas, bien sabedora de que a los que han nacido nobles les es deshonoroso vivir en la deshonra.

CORIFEO.- En estos momentos la prudencia es un buen aliado tanto para quien habla como para quien escucha.

CRISÓTEMIS.- Si antes de que esta diese comienzo a sus palabras, amigas, si no tuviera torcidos pensamientos, habría sido lo suficiente sensata como para no hablar, cosa que no ha hecho. ¿Dónde has puesto tus ojos para armarte de tal osadía, y llamarme, además, a que te sirva de acicate para tus planes? ¿Es que no lo ves? Eres una mujer, no un hombre. Tu brazo es menos poderoso que el de tus enemigos. A ellos la fortuna les es propicia a diario. Para nosotros, en cambio, se está apagando hasta casi convertirse en nada. ¿Quién que intente asesinar a un hombre así podría huír sin castigo? Piensa que si alguien escuchase por casualidad esta conversación, sufriríamos males aún mayores que los que ya tenemos. De nada nos iba a servir, ni nos ayudaría el morir en la ignominia, aunque antes hubiésemos alcanzado esa gloria honrosa. No. Morir no es lo más terrible, sino el no poder tenerlo cuando uno lo desea. Te lo ruego, antes de que nos arruinemos del todo y muera nuestra sangre, contén tu rabia. Yo guardaré tus palabras dentro de mí, como si jamás hubiesen sido pronunciadas, y no tendrán consecuencias. Tú, a partir de ahora, por favor, compórtate con sensatez, porque el débil debe saber ceder ante los que tienen el poder.

CORIFEO.- Hazle caso. Ningún provecho es mejor a los hombres que tomar prudencia y sabios pensamientos.

ELECTRA.- No has dicho nada que yo no estuviera esperando. Sabía de sobra que ibas a rechazar lo que te propusiese. Tendré que hacerlo sola, entonces, con mi propia mano, porque no pienso dejar de llevarlo a cabo.

CRISÓTEMIS.- ¡Ah! ¡Ojalá te hubieras atrevido a hacerlo cuando murió nuestro padre. Entonces posiblemente lo hubieras logrado del todo!

ELECTRA.- Esa era ya mi forma de ser, pero mi juicio era entonces mucho más débil.

CRISÓTEMIS.- Intenta tener siempre esa clase de juicio.

ELECTRA.- No piensas ayudarme. Por eso me das ese consejo.

CRISÓTEMIS.- Es natural que el que males comete, males reciba.

ELECTRA.- Envidio tu juicio, pero detesto tu cobardía.

CRISÓTEMIS.- Lo soportaré de la misma manera cuando un día te oiga alabarme.

ELECTRA.- No creo que llegues a obtener nunca de mí algo así.

CRISÓTEMIS.- Queda tiempo largo para decidir sobre ello.

ELECTRA.- Vete, porque no me eres de ninguna ayuda.

CRISÓTEMIS.- Pues existe, pero eres incapaz de aprenderla.

ELECTRA.- ¡Márchate con tu madre y cuéntale todo esto!

CRISÓTEMIS.- No te odio con tanta fuerza.

ELECTRA.- Pero en cambio sí sabes a que deshonra me arrastras.

CRISÓTEMIS.- A ninguna deshonra, sino a la preocupación por ti.

ELECTRA.- ¿Debo seguir el camino de tu justicia?

CRISÓTEMIS.- Cuando recuperes la sensatez, tú misma nos guiarás a ambas por ese camino.

ELECTRA.- Es asombroso lo bien que hablas y lo errada que estás.

CRISÓTEMIS.- Tú misma has explicado muy bien el error en el que estás.

ELECTRA.- ¿Cómo? ¿Te parece que no hablo con justicia?

CRISÓTEMIS.- Hay ocasiones en que la justicia trae males.

ELECTRA.- Yo no quiero vivir bajo esas leyes.

CRISÓTEMIS.- Si haces esto, tendrás que darme la razón.

ELECTRA.- Lo haré, desde luego, y no te tendré ningún miedo.

CRISÓTEMIS.- ¿Es cierto, entonces? ¿No cambiarás de idea?

ELECTRA.- Nada me es más detestable que un carácter pusilánime.

CRISÓTEMIS.- No te has parado a pensar en nada de lo que te he dicho.

ELECTRA.- Hace mucho que ya lo tengo decidido. No es de ayer.

CRISÓTEMIS.- Entonces me voy. Porque ni tú eres capaz de estar de acuerdo conmigo en algo de lo que diga ni yo de aprobar tu forma de actuar.

ELECTRA.- Ve adentro. No te seguiría nunca, aunque lo desearas más que nada en el mundo. Es una insensatez ir tras lo inútil.

CRISÓTEMIS.- Si crees que piensas de forma sensata, de acuerdo, adelante, sigue pensándolo. Cuando te hundas en tus propias calamidades, entonces ya estarás de acuerdo con mis palabras.

*(Entra CRISÓTEMIS en palacio.)*

Estrofa I

CORO.- *¿Por qué mientras miramos las aves más prudentes del cielo, preocuparse del alimento de quienes las trajeron a la vida y las cuidaron, los hombres no*

*podemos actuar hasta el final del mismo modo? Por el rayo de Zeus y la celeste Temis, ¿no estarán estos mucho tiempo sin castigo!*

*¡Oh, rumor de los hombres que llegas a extenderte bajo tierra, lleva mi lamento de dolor a los Atridas, que habitan en el Hades, esta voz mía, heraldo de fatales ofensas!*

#### Antístrofa I

*Háblales de su casa, que se agosta en la enfermedad y que la discordia entre sus dos hijas no les permite ya amistosa unión y trato. Electra, sola y traicionada, lamenta sus penalidades innumerables, llorando siempre por su padre, como el ruiñeñor que muchas quejas canta, sin tener temor alguno por su muerte, afronta ya que la domine pronto la oscuridad, una vez que haya derrotado a sus dos Erinias. ¿Quién ha nacido tan digna hija de su padre?*

#### Estrofa II

*Ningún nacido noble desea mancillar su gloria por vivir en una vergüenza que su nombre cubra. Hija, hija mía, tú has elegido un tiempo de lágrimas y duelo, te has calzado una coraza contra el deshonor al armarte en tu interior de dos grandes palabras de alabanza: ser llamada sabia e irreprochable hija.*

#### Antístrofa II

*¡Ojalá vivas superando a tus enemigos en poderes y riqueza, más cuanto ahora vives débil, a su mano*

*sometida! Te contemplo apesadumbrada por tu fatal suerte, y sin embargo, continúas respetando los lazos más excelsos, según las más sagradas leyes, con tu piedad de hija.*

*(Entran ORESTES y PÍLADES con dos esclavos.  
Uno de ellos lleva una urna.)*

ORESTES.- ¡Mujeres! ¿Nos han informado bien?  
¿Hemos llegado bien donde queríamos ir?

CORIFEO.- ¿Qué es lo que buscas, y con qué intención has venido aquí?

ORESTES.- Hace mucho tiempo que busco dónde habita Egisto.

CORIFEO.- Entonces has llegado bien. Nada debe reprochársele a quien te indicó el camino.

ORESTES.- ¿Quién de vosotras podría anunciar en palacio nuestra común y anhelada llegada?

CORIFEO (Señalando a ELECTRA).- Ésta, si conviene que sea uno de los más próximos quien lleve la noticia.

ORESTES.- ¡Ve, mujer! Anuncia que unos focenses buscan a Egisto.

ELECTRA.- ¡Infeliz de mí! ¿Traéis pruebas claras de la noticia que acabamos de escuchar?

ORESTES.- No sé qué has podido oír. A mí me ha ordenado el anciano Estrofió que traiga una noticia acerca de Orestes.

ELECTRA.- ¿Qué es, extranjero? ¡ Estoy llena de un profundo miedo!

ORESTES.- Traemos en esta estrecha urna, como ves, sus escasos restos.

ELECTRA.- ¡Desgraciada de mí! ¡Ya está aquí entonces! ¡Veo claro y presto mi dolor!

ORESTES.- Si te lamentas por los males de Orestes, debes saber que esta urna contiene su cuerpo.

ELECTRA.- Extranjero, por los dioses, déjame tomarle entre mis manos, si esta urna lo esconde, y gemir por mí y por mi sangre toda mientras lloro sobre estas cenizas.

ORESTES.- Tomad y entregádsela a ella, sea quien sea, pues no está haciendo estas súplicas por maldad. Tiene que ser una amiga o alguien de su sangre.

ELECTRA.- ¡Esta es toda la memoria que me queda de mi Orestes, el más amado de los hombres! Te recibo con esperanzas muy diferentes a las que te despedí, deshecha de ellas. Ahora nada cojo entre mis manos, mi bien, cuando te envié fuera de palacio. ¡Ojalá hubiera abandonado yo la vida antes de haberte sacado a escondidas, a una tierra extranjera, y librarte con mis manos de la muerte! Habrías muerto ese mismo día y tendrías tu parte en la tumba de nuestro padre. Allí habrías yacido. Ahora, fuera de tu hogar, exiliado en otra tierra has muerto malamente, lejos de tu hermana. Ni siquiera pude, triste de mí, lavar con mis

manos tu cuerpo, ni recoger del fuego tu triste peso, según la costumbre. Has recibido de manos ajenas los últimos cuidados, y vuelves a mí, mínimos restos en una mínima vasija. Desdichada yo y mis inútiles cuidados del pasado, que a menudo te prodigué entre dulce cansancio. No fuiste tú más amado por tu madre que por mí misma, ni ningún otro de palacio te crió sino yo, a quién sin cesar no dejabas de llamar hermana. Ahora tú estás muerto. Todo ha terminado en un solo día. Todo te lo has llevado con tu golpe, como un vendaval. También nuestro padre se ha ido. Yo misma, por tu culpa, estoy muerta. Tú has muerto y te has ido. Los enemigos no dejan de reírse. Tu madre, que no es madre, se ha vuelto loca de alegría. Sobre ella, a menudo me decías en secreto que habrías de regresar un día como vengador. Todo esto nos lo ha llevado tu destino fatal y el mío, que te ha traído a mí como ceniza y sombra inútil. Ay, pobre y lastimoso cadáver, por qué terribles caminos has regresado! Me has matado. Me has matado por completo, hermano mío, así que acógeme en esta morada tuya en donde estas, a la que nada es ya, tú que nada eres, y que habite por siempre contigo ahí abajo. Cuando estaba sobre la tierra, quería participar en todo lo que hacías y eras. Por eso, ahora sólo quiero morir, y no abandonar tu tumba. Los muertos, puedo verlo, no tienen sufrimientos.

CORIFE0.- Has nacido de padre mortal, Electra, y también era mortal Orestes. No llores sin medida. Todos habremos de sufrir lo mismo.

ORESTES.- ¡Ah! ¿Qué voy a decir? ¿Hacia qué palabras impotentes me dirijo? No puedo contener ya más mi lengua.

ELECTRA.- ¿Qué te ocurre, ¿por qué hablas así?

ORESTES.- ¿Es tu noble rostro el de Electra?

ELECTRA.- Así es. Sí, pero en el más mísero estado.

ORESTES.- ¡Y más por esta infeliz desgracia.

ELECTRA.- ¿Estás llorando tú por mí, extranjero?

ORESTES.- ¡Oh, cuerpo dolorido y maltratado sin piedad!

ELECTRA.- Desde luego, extranjero, es por mí por la que te dueles, y no por otra.

ORESTES.- ¡Ah, pobre vida tuya, desdichada y sin esposo!

ELECTRA.- ¿Por qué continúas llorando, extranjero?  
¿Por qué me miras así?

ORESTES.- ¡Cuántos de mis males ignoraba aun!

ELECTRA.- ¿Con qué palabras que haya podido decir has llegado a darte cuenta?

ORESTES.- Al verte consumida por muchos dolores.

ELECTRA.- Sin embargo, son sólo una muy pequeña parte de los que padezco.

ORESTES.- ¿Me estás diciendo que todavía podría contemplarlos aún peores?

ELECTRA.- Sí. Vivo entre asesinos.

ORESTES.- ¿Qué? ¿Quién te obliga a esa maldad?

ELECTRA.- Vivo con los asesinos de mi padre. Y por su maltrato tengo que servirles como esclava.

ORESTES.- ¿Quién de esas personas te ha obligado a ello?

ELECTRA.- La que se llama mi madre, pero no se parece en nada a una madre.

ORESTES.- ¿Qué hace? ¿Te maltrata con sus propias manos, o te priva de alimento?

ELECTRA.- Me golpea, me tiene hambrienta, y muchas otras maneras de tortura.

ORESTES.- ¿No tienes a nadie que pueda ayudarte, que le impida todo eso?

ELECTRA.- Nadie. El que tenía me lo has traído convertido en cenizas.

ORESTES.- ¡Desdichada. Desde hace un buen rato no puedo dejar de sentir más y más pena por ti!

ELECTRA.- Entonces eres el único de los mortales que siente eso por mí.

ORESTES.- Soy el único, sí, que puede de veras sentir dolor por los males que sufres.

ELECTRA.- ¿Acaso has venido hasta aquí por ser algún tipo de pariente lejano?

ORESTES.- (*Refiriéndose al CORO*).- Me gustaría explicártelo, pero no sé si se puede confiar en estas mujeres.

ELECTRA.- Sí, se puede. Hablarás ante personas amigas y de total confianza.

ORESTES.- Deja entonces esa urna en el suelo, para que puedas saberlo todo.

ELECTRA.- ¡No, por los dioses, no me obligues a eso, extranjero!

ORESTES.- Hazme caso a lo que te digo. No vas a equivocarte.

ELECTRA.- ¡No, te lo ruego, por tu mentón, no me apartes de lo que más quiero!

(*ORESTES intenta quitarle la urna.*)

ORESTES.- Te digo que no puedo dejar que la tengas.

ELECTRA.- ¡Oh! ¡Desdichada, si me quedo privada de darte sepultura, Orestes!

ORESTES.- Cambia tus palabras por otras de mejores presagios. Estás llorando fuera de razón.

ELECTRA.- ¿Cómo voy a estar llorando sin razón por mi hermano muerto?

ORESTES.- No debes decir tal cosa.

ELECTRA.- ¿Tan indigna soy del muerto?

ORESTES.- No, no eres indigna en absoluto, pero esto no es tuyo.

ELECTRA.- ¿Cómo no va a serlo, si estoy abrazando el cuerpo de Orestes?

ORESTES.- No es Orestes. Su muerte no existe fuera de las palabras.

ELECTRA.- ¿Dónde está la tumba de ese desdichado?

ORESTES.- No la hay. Los vivos no tienen tumba.

ELECTRA.- ¿Qué dices, muchacho?

ORESTES.- No digo mentira alguna.

ELECTRA.- ¿Entonces, está vivo?

ORESTES.- Sí. Yo estoy vivo.

ELECTRA.- ¿Eres tú?

ORESTES.- Mira este sello de mi padre y reconoce que digo la verdad.

ELECTRA.- ¡Oh, luz de mi día más ansiado!

ORESTES.- ¡También el más ansiado por mí, lo juro!

ELECTRA.- Tu voz... ¡has vuelto entonces!

ORESTES.- No tendrás que volver a preguntárselo a nadie.

ELECTRA.- ¿Te tengo en mis brazos?

ORESTES.- Ojalá que me tengas siempre en ellos.

ELECTRA.- ¡Queridísimas amigas, ciudadanas, mirad aquí y ahora a Orestes, muerto por argucias y por argucias también a salvo!

CORO.- *Lo vemos, hija mía. Por este suceso feliz brotan de nuestros ojos lágrimas de alegría.*

Estrofa

ELECTRA.- *¡Vástago de mi muy amado padre, has vuelto, has hablado, has venido y contemplas a los que más querías!*

ORESTES.- *Así es, estoy aquí, pero mantén silencio, aguarda.*

ELECTRA.- *¿Qué ocurre?*

ORESTES.- *Es mejor guardar silencio, no vaya a ser que alguien dentro nos oiga.*

ELECTRA.- *No, por Ártemis, virgen protectora, no creo que sea digno de temer ese fardo inútil de mujeres que están dentro.*

ORESTES.- *Piensa que también en el interior de las mujeres habita Ares. Tu lo sabes bien por experiencia.*

ELECTRA.- *¡Ah, me evocas el cielo de la desgracia, que me ha herido, que no puede tener ni recuerdo ni olvido ni fin.*

ORESTES.- *Lo sé también, pero cuando sea oportuno, entonces podremos recordar todo ello.*

Antístrofa

ELECTRA.- *¡Todo tiempo, todo tiempo sería bueno para hablar en justicia de estas cosas! Ahora por fin tengo libre mi voz.*

ORESTES.- *Estoy de acuerdo. Por eso mismo, consévala.*

ELECTRA.- *¿Qué debo hacer?*

ORESTES.- *No hablar demasiado si no es la ocasión.*

ELECTRA.- *¿Y quién sería capaz, ahora que tú has vuelto, de volver las palabras en un silencio digno? Porque puedo verte ahora, tan de repente, cuando ya había perdido mi esperanza por entero.*

ORESTES.- *Me has visto cuando los dioses me han ordenado volver.*

ELECTRA.- *Entonces me estás refiriendo un don aún mayor que el de ahora, si ha sido un dios el que te ha traído hasta nuestra casa. Lo considero la obra de un dios.*

ORESTES.- *No quisiera contener tu alegría, pero tengo miedo de que seas derrotada por la excesiva vehemencia de tus sentimientos.*

ELECTRA.- *¡Oh, tú que, después de tanto tiempo, te has dignado a mostrarte ante mí con tu feliz retorno, y en medio de mi angustia, no...*

ORESTES.- *¿Qué no debo hacer?*

ELECTRA.- *...no me prives del goce de contemplar tu rostro!*

ORESTES.- *Me irritaría mucho con todo el que intentase impedirlo.*

ELECTRA.- *¿Aceptas entonces?*

ORESTES.- *¿Cómo no?*

ELECTRA.- *¡Amigas mías! He oído una voz que no esperaba ya volver a escuchar jamás. Contuve un estremecimiento mudo y sin gemidos al oírlo, desdichada yo. Pero te tengo ahora, has aparecido como el más amado rostro, que no he podido olvidar ni en medio de mis mayores males.*

ORESTES.- *¡Abandona las palabras superfluas! No me digas que nuestra madre es malvada, o que Egisto dilapidada las riquezas de nuestro padre y las derrocha y esparce sin control. Tú relato nos privaría de la oportunidad del tiempo. Infórmame mejor sobre cómo está la situación allí ahora, sobre cómo podemos darles muerte a estos enemigos nuestros, si mostrándonos a la luz u ocultos en la oscuridad, y que cesen de caminar entre sonrisas. Que nuestra madre no nos descubra por la alegría de tu semblante cuando entremos en palacio. Al contrario, debes lamentarte por esta desgracia fingida. Cuando logremos nuestro objetivo, sería tiempo de alegría y de reír sin temor alguno.*

ELECTRA.- *¡Oh, hermano! lo que te plazca habrá de complacerme igual a mí, pues la dicha la tengo porque tú me la has dado, no la he conseguido por mí misma. No sería capaz, siquiera, de procurarte disgusto alguno, aunque a cambio yo fuese a obtener el mayor de los provechos. Eso no sería honrar bien a la divinidad que ahora nos alcanza. Ya sabes todo lo que aquí ocu-*

rre, ¿cómo no ibas a saberlo? Habrás oído decir que Egisto no está en palacio, pero nuestra madre sí. Tranquilo, ella tampoco verá mi rostro lleno de sonrisas y alegría. De viejo me llena toda el odio y ahora que te he visto, no haré otra cosa que llorar, pero de gozo. ¿Cómo podría dejar de hacerlo, cuando el mismo día te he contemplado muerto y vivo? Me has mostrado cosas casi imposibles de creerse. Incluso si mi padre regresase vivo ahora, no pensaría que es un prodigio, sino que aceptaría que en realidad lo estaría viendo ante mí. Pero tú, que has llegado por tales caminos, ordénalo todo según lo considere tu ánimo. Yo sola habría conseguido únicamente una de estas dos cosas: o una hermosa salvación o una hermosa muerte.

ORESTES.- Te aconsejo silencio. Oigo que viene alguien de dentro hacia la salida.

ELECTRA.- ¡Entrad, extranjeros! Con vosotros lleváis lo que nadie en esta morada podrá rechazar ni tampoco alegrarse de recibirlo.

*(Entra el PEDAGOGO.)*

PEDAGOGO.- ¡Rematadamente locos e insensatos!, ¿no tenéis miedo por vuestra vida, o es que habéis perdido el juicio? ¿No os dais cuenta de que estáis, no al borde de un terrible peligro, sino en medio de los más grandes? Si no estuviese yo vigilando esta puerta desde hace un buen rato, vuestras palabras habrían entrado en palacio antes que vosotros. Menos mal que fui precavido. Por favor, abandonad ahora estas largas

charlas y los gritos entremezclados de alegría y entrada de una vez. En estos momentos todo retraso es dañino. Ya es tiempo de acabar.

ORESTES.- ¿Cómo voy a encontrar las cosas cuando entre?

PEDAGOGO.- Bien. Nadie va a reconocerte.

ORESTES.- Por supuesto, has anunciado que estoy muerto.

PEDAGOGO.- Debes saber que aunque estés aquí, eres uno de los habitantes del Hades.

ORESTES.- ¿Están alegres por esa noticia? ¿Qué palabras hay?

PEDAGOGO.- Te lo diré cuando hayamos acabado. Tal y como está ahora, todo está bien, incluso lo que no va a ir tan bien.

ELECTRA.- Hermano, ¿quién es éste hombre? ¡Dímelo, por los dioses!

ORESTES.- ¿No lo sabes?

ELECTRA.- No me doy cuenta ahora.

ORESTES.- ¿No reconoces a aquel en cuyas manos me pusiste un día?

ELECTRA.- ¿Quién? ¿Qué es lo que estás diciendo?

ORESTES.- ¿Aquel que con sus manos, gracias a tus cuidados, me llevó a escondidas al país de los Focidios?

ELECTRA.- ¿Éste es el único hombre que demostró serme fiel tras el asesinato de nuestro padre?

ORESTES.- Sí, lo es, pero no continúes con más palabras.

ELECTRA.- ¡Oh, luz más dichosa! ¡Único salvador del linaje de Agamenón! ¿Cómo has conseguido regresar? ¿Eres tú aquel que a este y a mí nos has salvado después de tantas calamidades? ¡Oh, manos queridísimas! Tú que con tus pies nos hiciste el mayor de los servicios, ¿cómo es posible que llevando tanto tiempo junto a mí me hubieses pasado completamente inadvertido, y no te diste a conocer? Al contrario, me provocabas dolor con tus palabras, aunque en realidad estabas trayéndome la mayor de las alegrías. Te saludo, padre, pues me parece ver en ti a un padre. Te saludo. Debes saber que un solo día has sido odiado y amado por mí como ningún otro hombre.

PEDAGOGO.- Es suficiente ahora. Muchas noches y días habrán de discurrir, y aportar claridad para conocer lo ocurrido en el pasado. A vosotros dos, os repito que es momento de actuar. Clitemnestra está sola. No hay ningún hombre dentro ahora. Si os retrasáis más, daos cuenta de que tendréis que enfrentaros con ellos y con otros más entrenados y numerosos.

ORESTES.- ¡No son necesarios más largos discursos, Pílates! Hay que entrar cuanto antes, después de rendir saludo a los altares de los dioses de nuestros antepasados, que habitan estos propileos.

*(Entran en palacio el PEDAGOGO,  
PÍLADES y ORESTES.)*

ELECTRA.- ¡Soberano Apolo, escúchalos propicio, y a mí a la par que ellos, yo, que muchas veces te hice ofrendas de todo lo que tenía con mano suplicante! ¡Apolo Licio!, ahora, tal como hablo, te ruego e imploro esa plegaria: acúdenos como benévolo protector de este proyecto, y demuéstrales a los hombres qué castigo ofrecen los dioses a la impiedad.

*(Entra ELECTRA en palacio.)*

Estrofa

CORO.- *¡Ved hacia donde se dirige Ares, que respira sangre de fatalidad! Han entrado en palacio las perras de la venganza, las que vengan los crímenes impíos, aquellas de las que no se puede huír. Así que el sueño de mi alma ya no va a tener que esperar mucho tiempo más entre la niebla. Con oculto paso se encamina a palacio el vengador del muerto, hasta el cuarto de antigua riqueza de su padre. Lleva en sus manos sangre de reciente filo y el hijo de Maya, Hermes mientras oculta entre las sombras su traición, les guía hacia el final que ya no puede esperar.*

*(Sale ELECTRA.)*

ELECTRA.- ¡Amigas queridas, muy pronto estos hombres van a realizar su misión. Aguardad en silencio.

CORIFEO.- ¿Cómo? ¿Qué están haciendo ahora?

ELECTRA.- Ella prepara la urna para el funeral, y ellos están junto a ella.

CORIFEO.- ¿Por qué has venido hasta aquí?

ELECTRA.- Para vigilar que Egisto no vaya a entrar sin darnos cuenta.

CLITEMNESTRA.- (*Desde el interior de palacio.*) ¡Ah, cuartos vacíos de amigos, pero llenos de asesinos!

ELECTRA.- Alguien está gritando dentro. ¿No lo oís, amigas?

Estrofa

CORO.- *¡He oído, triste, lo que tenía que oír, y me dan escalofríos!*

CLITEMNESTRA.- ¡Desdichada de mí! ¡Egisto! ¿dónde estás?

ELECTRA.- Alguien grita otra vez.

CLITEMNESTRA.- ¡Hijo mío, hijo! ¡Ten piedad de la que te dio la vida!

ELECTRA.- Él no tuvo de ti piedad alguna, ni el padre que lo engendró.

CORO.- *¡Oh, ciudad! ¡Oh, estirpe de fatalidad, ahora el destino termina tu tiempo!*

CLITEMNESTRA.- ¡ Ah, estoy herida!

ELECTRA.- Golpéala de nuevo, hazle una segunda herida.

CLITEMNESTRA.- ¡Ay de mí! ¡Otra vez!

ELECTRA.- ¡Ojalá Egisto tenga las mismas!

CORO.- *Se han cumplido las maldiciones. Los que yacen bajo tierra regresan a la vida, y los que en el pasado murieron reciben la sangre derramada de sus asesinos. Aquí llegan, sus manos llenas de sangre gotean como sacrificio a Ares. Nada puedo criticarlos.*

*(Salen ORESTES y PÍLADES de palacio.)*

ELECTRA.- *Orestes, ¿cómo estáis?*

ORESTES.- *En palacio todo está bien, si bien ha vaticinado Apolo.*

ELECTRA.- *¿Ha muerto esa miserable?*

ORESTES.- *No tengas más miedo. El atrevimiento de tu madre no volverá a deshonorarte de nuevo.*

Antístrofa

CORO.- *Aguardad, estoy viendo a Egisto.*

ELECTRA.- *¡Oh, hijas! ¿No deberíais entrar?*

ORESTES.- *¿Dónde veis a ese hombre?*

ELECTRA.- *Viene de las afueras, caminando alegre.*

CORO.- *Retiraos rápido, a la entrada. Ya que hicisteis bien lo anterior, rematad bien esto de nuevo.*

ORESTES.- *Ten confianza, lo remataremos.*

ELECTRA.- *Según lo piensas, hazlo aprisa.*

ORESTES.- *Ya voy.*

ELECTRA.- *Lo que hay que hacer aquí es cosa mía.*

CORO.- *Convendría derramar en su oído dulces palabras, unas pocas, para que se precipite en el combate de la justicia que le espera oculto.*

*(Entra EGISTO.)*

EGISTO.- ¿Quién de vosotros sabe dónde están los extranjeros de Fócide, que, por lo que dicen, nos anuncian que Orestes ha muerto en el naufragio de sus caballos? (A *ELECTRA*) A ti te lo pregunto, a ti, sí, que antes eras una insolente. Creo que eres la más afectada y la que más podrías hablarme, porque seguro que lo sabes bien.

ELECTRA.- Lo sé todo muy bien, ¿cómo no iba a saberlo? ¿Podría estar alejada de lo que ocurre con el más querido de los míos?

EGISTO.- En ese caso dime, ¿dónde están los extranjeros?.

ELECTRA.- Dentro. Honrando a su ilustre huésped.

EGISTO.- ¿Han anunciado de verdad su muerte?

ELECTRA.- Lo han demostrado, y no sólo con sus palabras.

EGISTO.- Podemos saberlo, entonces, con total seguridad.

ELECTRA.- Puedes incluso contemplarlo por ti mismo. Es un espectáculo bastante duro.

EGISTO.- Estás diciéndome cosas que me alegran mucho y no es muy usual.

ELECTRA.- Alégrate entonces, si consideras esto digno de alegría.

EGISTO.- Te ordeno silencio. Que se abran las puertas, y que todos los ciudadanos de Micenas y Argos puedan verlo, por si alguien albergaba algún tipo de esperanza inútil en ese hombre que ahora está muerto. Que acepten llevar mi bocado y no tengan que aprender a ser guiados a base de castigos.

ELECTRA.- En lo que a mi atañe, ya está consumado. Con el tiempo he ido adquiriendo juicio para someterme a los más poderosos.

*(Se abren las puertas. Aparecen ORESTES y PÍLADES trayendo un cadáver tapado por un velo.)*

EGISTO.- ¡Oh, Zeus! Veo ante mí una imagen que no ha podido ocurrir si no es por obra de un dios. Pero si Némesis va a caer hacia aquí, no debo continuar hablando. Retíradle del todo el paño de sus ojos, para que le toque el treno que le debo por ser pariente mío.

ORESTES.- Quítaselo tú mismo. No es tarea mía, sino tuya, verlo y recibirlo con el saludo que conviene a un familiar.

EGISTO.- Has hablado bien, te haré caso. Si Clitemnestra está en alguna parte de palacio, llamadla.

ORESTES.- Está ante ti, no la busques en ningún otro lugar.

*(EGISTO aparta el velo del cadáver)*

EGISTO.- ¿Qué estoy viendo?

ORESTES.- ¿A quién tienes miedo? ¿No la reconoces?

EGISTO.- ¿En qué redes he caído?

ORESTES.- ¿No te has dado cuenta que hace rato que hablas a vivos que estaban muertos?

EGISTO.- Ahora lo entiendo, es Orestes el que me habla.

ORESTES.- Y si eres tan buen adivino, cómo es que has estado engañado tanto tiempo?

EGISTO.- ¡Ay de mí! ¡Estoy perdido! Pero, por favor, permíteme al menos decirte una cosa.

ELECTRA.- No le dejes decir nada más, hermano, no le dejes que alargue sus palabras, por los dioses. ¿Qué provecho puede tener quien va a morir por haberse rodeado de crímenes, en servirse de más tiempo? Mátales aprisa, y cuando haya muerto, ¡dáselo a los sepultureros! es lo mejor, que ellos se ocupen de él lejos de nuestra vista. Esta será la única liberación de mis largas desgracias.

ORESTES.- Ve dentro, rápido. Esto ya no es un combate con palabras, sino con tu vida.

EGISTO.- ¿Para qué me haces entrar en palacio? Si es un acto justo, necesitas sombras y por eso vacilas en matarme?

ORESTES.- No sigas dando órdenes. Ve exactamente hasta donde diste muerte a mi padre, para que mueras en el mismo lugar.

EGISTO.- ¿Era tan necesario que este palacio tenga que contemplar las desgracias presentes y futuras de la estirpe de Pélope?

ORESTES.- Las tuyas desde luego. En esto voy a ser yo un buen adivino.

EGISTO.- Te envaneces de un arte que no has heredado de tu padre.

ORESTES.- Replicas demasiado, y dilatas el camino y no das un paso. ¡Venga, vamos!

EGISTO.- Guíame.

ORESTES.- No. Tú eres quien debe ir delante.

EGISTO.- ¿Para que no pueda escapar?

ORESTES.- Para que no mueras como te gustaría. Voy a procurar que todo esto te sea bien amargo. Ojalá hubiera una justicia así de inmediata para todos los que ultrajan las leyes: la muerte. Así habría muchos menos malvados.

CORO.- ¡Linaje de Atreo, cuánto mal has tenido que sufrir para llegar al final de este viaje de dificultades hasta la libertad!